

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

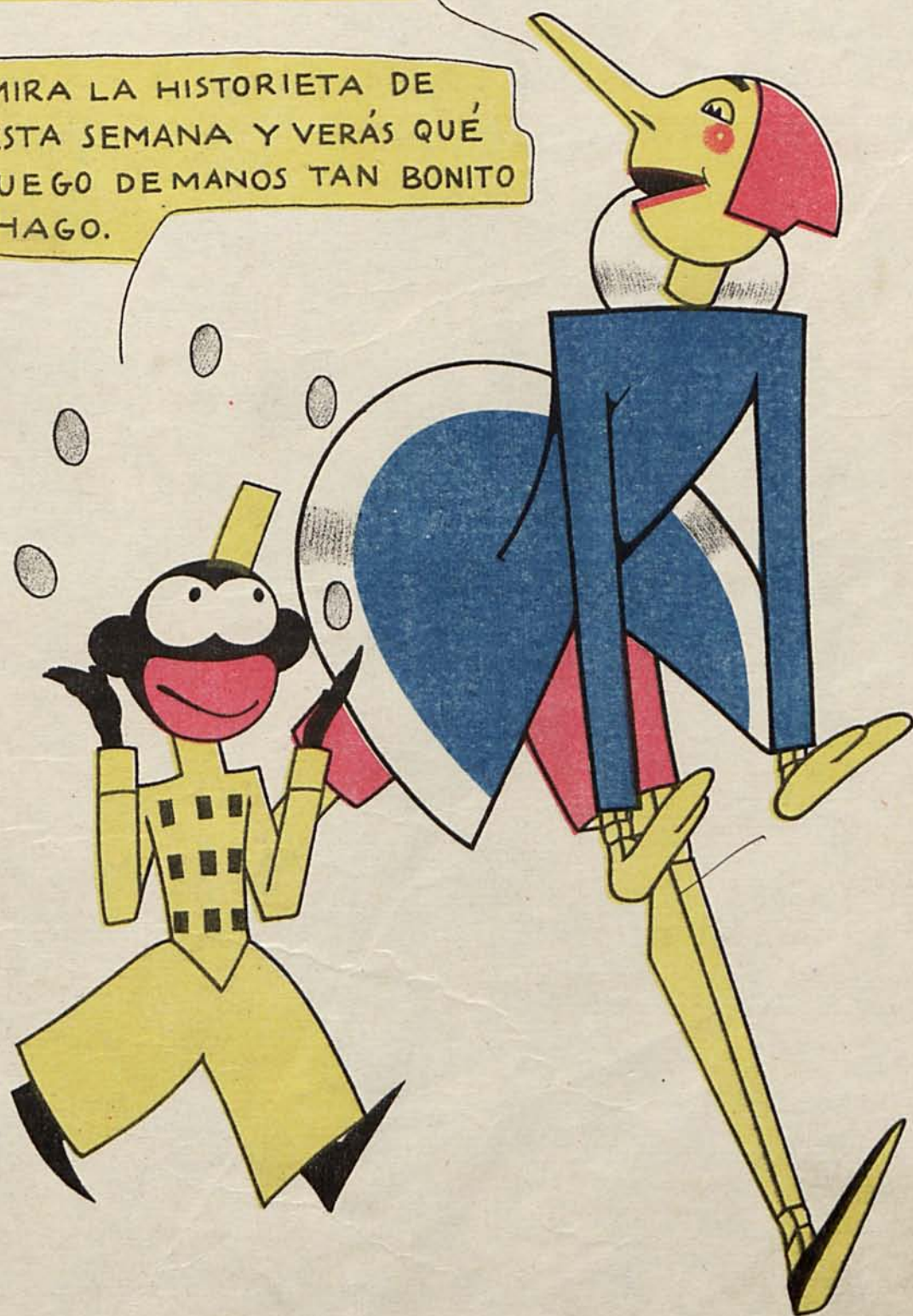
AÑO II
NUM 59

40 Cents.

4 ABRIL
1926

¿QUÉ HACES CURRINCHE?

MIRA LA HISTORIETA DE
ESTA SEMANA Y VERÁS QUÉ
JUEGO DE MANOS TAN BONITO
HAGO.



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.- ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 2B. APARTADO 447.- SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



TENED UN POCO DE PACIENCIA, HIJOS MIOS QUE YA OS ESTOY PREPARANDO LA COMIDA

COMED DESPACITO, ENCANTOS, NO OS VAIS A ATRAGANTAR.

Y AHORA DORMID CON LA BOCA ABIERTA POR SI AL DESPERTAR OS ENCONTRAIS CON LA CENA DISPUESTA

El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



¿VAMOS A PESCAR A LAS CATARATAS, CAPITAN?

EN PRIMER LUGAR NO EN SEGUNDO LUGAR NO EN TERCER LUGAR NO

¿MOS DEJARAS IR A NOSOTROS?

DATE PRISA QUE NOS COGEN

¿ES DE VERDAD O ES DE BROMA?

¿QUE HACEMOS CON ELLOS, MAJESTAD?

VAS A DARLES EL CHAPUZON ARGENTINO



REMOJALOS BIEN

¡JA, JA, JA! EL CHAPUZON ARGENTINO! ¡JA, JA, JA!

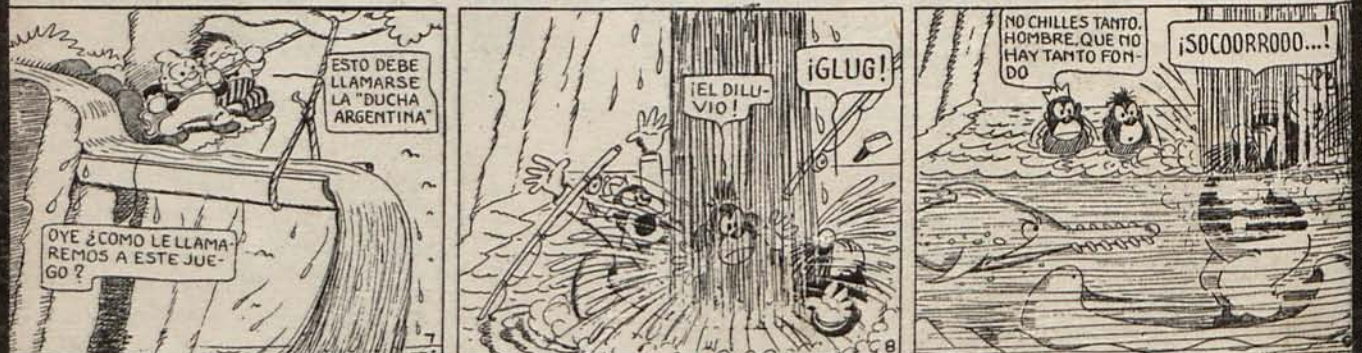
¡PLUF!

¡ADIOS MUCHACHOS! QUE OS APROVECHE EL CHAPUZON ARGENTINO

AHORALLE VANOS A LAS CATARATAS

¿PERO HAS VISTO QUE MODO DE TOMARNOS EL PELO?

YO AHORA, DE LA COLE RA QUE TENGO NO PUEDO NI HABLAR



ESTO DEBE LLAMARSE LA "DUCHA ARGENTINA"

OYE, ¿COMO LE LLAMAMOS A ESTE JUEGO?

¡EL DILUVIO!

¡GLUG!

NO CHILLES TANTO, HOMBRE, QUE NO HAY TANTO FONDO

¡SOCOORROO...!



¡AY MI TRIPA!

A ESOS CHICOS ME LOS COMO YO ASADOS.

NO SE QUE ME HA PASADO, PERO ALGUN BROMISTA QUE ANDA POR DEBAJO DEL AGUA ME HA DADO CON UN POSTE TELEGRAFICO EN LA TRIPA

A ESTAS HORAS LES ESIARA PENSANDO QUE NO HAYAMOS IDO CON ELLOS, PORQUE YO, QUE SOY UN BUEN GUIA DE ESTOS LUGARES LES HUBIERA EVITADO LA CATASTROFE DE LA "DUCHA ARGENTINA"

NO HAS ESTADO DEL TODO PESADO, Y SI TE CALLAS TOTALMENTE, HASTA VAS A CONSEGUIR QUE TE DE LA RAZON.



PINOCHO Y LOS DEPORTES



En Guantánamo.

Tópicos deportivos.

El pasado domingo 24 se boxeo en el Stadium Guantánamo. Le tocó boxear al campeón bantam de Oriente, Viruta, y Luis Sardiñas. Fué tablas el «match». Entre los preliminares fué muy bueno el celebrado entre Fiel del Pino (Conte) y Porto (García); éste hubiera noqueado a aquél a no ser por ser más bajo que el otro. Pero ganó por puntos, y como es español, la gente gritó: ¡Viva España!

El 21 también boxearon. Les tocaba boxear a Lili, americano, peso completo, y a la «Pantera de Camajuani», ligero completo. Pero aquél no vino y boxeo por él un compatriota suyo. Al segundo «round», la «Pantera» tumbó al americano y éste se dió por vencido.

En la Habana, los cubanos derrotaron en espada a los franceses, pero perdieron con los mismos en sable y florete.

Andrés Castaño, luchador español, derrotó en la Habana a lucha libre al «Español Incógnito».

Partidos de campeonato de Cuba de primera categoría: El «Fortuna» vence por 2 a 0 al «Cataluña»; el «Olimpia», al «Centro Gallego», y el «Hispano», al «Cataluña», por 2 a 1. «Olimpia» y «Vigo»

empataron; «Hispano», 2; «Juventud», 1; «Iberia», 3; «Centro Gallego», 0.

Germán Fernández, ex capitán del ex equipo «Hispano» de aquí, ha donado una copa para discutirla entre el «Pirula F C» y el «Racing Pinocho». Ambos son de la Sociedad Atlético Pinocho.

En Santiago.

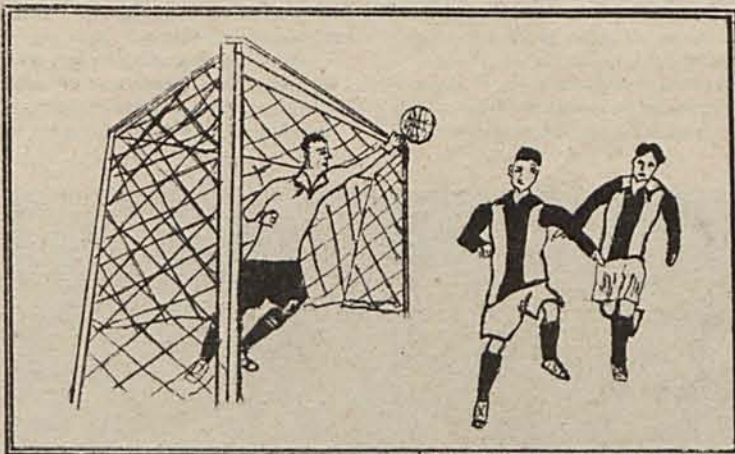
«Gelmírez F C», 2.

«2.º y 3.º de Bachillerato», 1.

El equipo vencedor alineó así: Abal; Perfecto y Lojo; Ojeda, Domínguez y Gerardo; Pijuán, Berdullas, Ameigeiras, Seijas y Prosper.

El primer «goal» del «Gelmírez» lo metió Perfecto de una arrancada. El segundo, lo metió Ameigeiras.

Los mejores fueron Perfecto, Ameigeiras, Seijas, Lojo y Berdullas, por este orden, de los del «Gelmírez». Del otro equipo, los mejores Varela y Constante; a veces, Ruano. S. PORT.



Una formidable parada por Isidro García. Trece años. Avilés.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, ¿por qué no gruñimos como los animales cuando sentimos hambre?

—¿Y quién te dice a ti, mi admirado Chonón, que no gruñes cuando tienes hambre?

—Yo.

—¿Que te crees tú eso!

—Te aseguro buho, bajo mi palabra de honor, que yo no gruño ni antes ni después de las comidas.

—Y yo te digo que sí, y voy a demostrártelo.

—Vamos a verlo.

—Es sabido que todos los animales, así irracionales como racionales, experimentan idénticas sensaciones de malestar cuando sienten necesidad de comer.

—Perfectamente.

—El hambre produce siempre mal humor, y lo mismo ocurre con todas las demás sensaciones molestas que afectan a las funciones principales de la vida. Antes de comer, cuando la persona tiene mucha hambre, se halla muy propensa a la cólera.

—Pero no gruñen.

—Hasta ahora, no. El apetito —y más aún si olemos apetitosos manjares— nos produce mal humor. Un sabio ha de-

mostrado que las personas y los animales expresan sus dolores y molestias de idéntica forma, ya que el dolor y el mal-estar es el mismo en el animal que en el hombre. Ahora bien: el hombre tiene, cuando se encoleriza, como medio de expresión, la palabra. Y sólo demuestra su mal humor por las cosas que dice y por el tono que da a su voz.

—Pero no gruñe.

—Pero es como si gruñera, querido Chonón. Fíjate que muchas veces, cuando el hombre demuestra su mal humor, concluye por decirle alguien: «Bueno, no gruñas más»; con lo cual decimos que sus palabras nos están haciendo el efecto de gruñido.

—Es verdad.

—Cuando los hombres no pueden hablar, hasta llegan a expresarse por perfectos gruñidos.

—Es cierto.

—Cuando a un animal se le interrumpe la comida, gruñe, y cuando a una persona se le interrumpe la comida, gruñe también.

—Conformes.

—Pero debemos acostumbrarnos a ser pacientes en la vida y a no irritarnos por nada.

—Eres un sabio, querido buho.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—¿Y cómo se habrá ido depositando aquí el grisú?
—¡Quién sabe! Acaso en cualquier mina puede haber ocurrido algún desprendimiento, y el gas que estaría depositado entre las capas carboníferas ha salido y se habrá acumulado en estas galerías.

—¿Entonces esas minas tendrán alguna comunicación con el túnel?

—Sí, Vicente; tenemos que fijarnos ahora y ver si a derecha e izquierda encontramos alguna abertura o caverna.

—No se nos pasará, doctor —dijeron los pescadores.

La canoa, en tanto, avanzaba rápidamente, pues aunque iban hablando, los cuatro exploradores remaban con gran vigor por sus deseos de llegar al lugar de la explosión.

El grisú parecía que iba en aumento a medida que se aproximaban al lugar de la catástrofe. La llama de la lámpara se ensanchaba y se coloreaba de azul con gran frecuencia, signo evidente de la presencia del peligroso gas.

Con toda seguridad aquella explosión debió producir algún desprendimiento más en los depósitos carboníferos, y el grisú había vuelto a acumularse en la galería. ¡Ay de ellos si hubieran encendido algún pequeño fuego! Otra explosión se hubiera producido aún más terrible que la anterior.

La canoa había avanzado más de un kilómetro cuando de pronto chocó contra un obstáculo que cedió en seguida, sin embargo, sin resistir el empuje de los remos.

—¡Ahí, delante de la proa, hay algo! —dijo Miguel, dejando el remo y poniéndose de pie.

—¿Habremos chocado contra algún pedazo de madera? —dijo Vicente.

Extendió la lámpara y se inclinó hacia la proa. En seguida vió un objeto que flotaba a bordo de la canoa.

—¡Ayudadme! —dijo.

—¡Tened cuidado de no volcar la canoa! —advirtió el doctor.

—No temáis —dijo Miguel.

Vicente y Roberto se tendieron sobre la borda y agarraron el objeto que se encontraba casi enteramente sumergido.

—Es un barril —dijo Vicente.

—Y debe de estar lleno —agregó Roberto.

—¿Podéis levantarlo a bordo?

—No es muy grande; quizá no sea difícil. ¡Ten cuidado, Roberto! No hagáis fuerza sobre la borda, que va a ceder.

Agarráronlo fuertemente y con un poderoso esfuerzo lo alzaron sobre el agua y lo metieron en la canoa.

El doctor, provisto de su linterna, lo examinó curiosamente.

Era un barril corriente, de los que llaman los marineros *barrica*, sin modificación de ninguna clase. Únicamente en una de sus bases tenía marcadas a fuego estas iniciales: B. N.

—Nada —dijo el doctor—. Creí encontrar algún nombre, al menos el del fabricante o el del exportador.

—Veamos qué es lo que contiene —dijo Vicente cogiendo un hacha y dando un golpe vigoroso en una de las tablas de la base.

—Está lleno de carne salada —añadió al ver el contenido.

—¿Bien conservada?

—Sí, doctor.

—Entonces, este barril era de los hombres que iban delante de nosotros. Si hubiera estado mucho tiempo flotando en el agua, se habría estropeado la carne.

—La madera no está aún muy empapada —observó Miguel—. No debe hacer una hora que lo han echado al agua.

—Esto me da algunas sospechas —dijo Vicente.

—¿Cuáles?

—Que la explosión ha debido echar a pique la canoa de los hombres a quienes perseguimos.

—Es probable.

—¿Entonces, se habrán ahogado?

—Mucho lo temo, Vicente. Las paredes del canal son muy lisas para poder agarrarse a ellas. Yo no sé quiénes son esos hombres, pero pienso que no debemos dejarlos perecer. Quién sabe si alguno está nadando todavía.

—Vamos a llamarlos; si hay aún vivo alguno nos contestará.

—Tanto más cuanto que en este túnel resuena mucho la voz y se propaga a una distancia extraordinaria.

Vicente dió tres grandes voces:

—¡Ohé! ¡eh! ¡eh!

Estuvieron escuchando algún tiempo; pero la voz se perdía bajo las infinitas bóvedas de la galería sin obtener ninguna respuesta.

Repitieron los gritos diferentes veces, pero con idéntico resultado.

—Deben haber muerto —dijo Miguel, sintiendo un escalofrío.

—Así lo creo yo también —dijo el doctor—. La terrible llama de la explosión los habrá asfixiado de pronto o quizá los haya carbonizado.

—Busquemos por lo menos sus cadáveres —dijo Vicente, con voz algo conmovida—. Esos pobres diablos no nos han hecho mal ninguno.

—Sí; busquémoslos —dijo el doctor—. ¡A los remos!... ¡A los remos!

La canoa avanzaba rápidamente, cortando con sordo fragor las negras aguas del canal.

Vicente miraba de vez en cuando la proa, para ver si encontraban según iban avanzando algún barril, caja o resto del naufragio, y a ratos lanzaba nuevos gritos que seguían sin contestación.

Nada se veía ni se oía. Parecía que los desgraciados navegantes que les precedieron habían sido muertos por la explosión del grisú.

De pronto, en la vuelta de la galería, descubrieron los exploradores en la pared meridional una gran abertura, de la cual salían nubes de humo negro im-

pregnadas de ese olor penetrante que despiden los carbones fósiles en combustión.

—¡Alto! —mandó Vicente.

—¿Una abertura? —dijo el doctor.

—Una caverna, según parece —respondió el pescador.

—¿Estará ahí dentro la mina?

—Así lo sospecho, señor Bandi. Pero, ¡despaci!..., ¡que sale de ella humo!

—Y al través del humo veo resplandores rojos —dijo Miguel, saltando sobre el banco de proa—. Algo así como si allí adentro hubiese fuego.

—Vamos a verlo —dijo el doctor—. Me parece que la abertura es bastante grande para dejar paso a la canoa.

—¿Correremos el peligro de volar por los aires? —dijo Vicente.

—Si hubiese dentro grisú ya habría estallado a estas horas.

(Continuará en el número próximo)





EL CALIFA LADRON

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

El emir Yunus iba ejecutando las órdenes que había recibido del Califa. Hasán, investido por el mismo con el cargo de jefe de policía en lugar del depuesto, y montado en su caballo, acababa de alejarse con todos los de tropa, a quienes nada se les pudo reprochar por su conducta. Chamama, el jefe y cuatro bribones como ellos pasaron la noche cargados de cadenas en el patio de la casa del emir. Así que amaneció, el jefe de la policía fué enviado al calabozo; Chamama, conducido a la plazuela cercana, murió de la paliza: su cuerpo fué hecho pedazos; sus cuatro cómplices, después de haber sido tratados tan rudamente como él, fueron llevados moribundos a un calabozo. Sobre un cartel se calificaba así su crimen: *Oficiales de la justicia que han causado vejación y han prevaricado en su empleo.*

Ya hacia mucho rato que esta ejecución ejemplar había tenido lugar, cuando Harún Arraxid abrió los ojos. El Califa se levantó y se dispuso a marchar a palacio, donde diversos asuntos requerían su presencia. La buena Omaljair había preparado el desayuno y estaba de buen humor: se entabló una conversación de varias cosas.

—¡Quiera el cielo —exclamó la vieja— que este sea el fin de nuestras desgracias! Jamás ha habido sobre la tierra mujeres más pobres y desdichadas, después de haber sido ricas y felices más de lo que podíamos desear.

—¿Cómo? —preguntó extrañado el Califa—. ¿Habéis tenido riquezas? ¿Pues quién os las ha quitado?

—La desgracia y la injusticia —afirmó Omaljair.

—¿Y esto os ha sucedido en Bagda? —inquirió el Sultán con cierta inquietud.

—¿En dónde había de ser —contestó la vieja—, si jamás hemos salido de aquí?

—¿No habrá sido —replicó el soberano— bajo el reinado de Harún Arraxid?

—¿No reinaba él acaso hace un mes? —dijo la vieja.

—Pues se dice —insinuó el Califa— que él impide que se cometan injusticias.

—Si —respondió la vieja—; él castiga severamente las de otros; pero cuando se trata de las suyas propias se las perdona; a menos que no quieras creer que él ha hecho lo que ha hecho con nosotras.

—Me dejas admirado, madre —dijo el Califa—; has de contarme lo que te ha pasado: habrán abusado de su nombre.

—No, no —contestó Omaljair—; no han abusado de él. Ha sido él mismo; ha sido su propia persona; ha sido el sabio y prudente Harún Arraxid, el espejo de príncipes, quien ha causado todo el mal. Todavía si se hubiese contentado con privar de la fortuna a gente de nuestra prosapia, de nuestra condición; con reducirlos a la miseria afrentosa en que tú nos has encontrado; con ponerme en el trance, en fin, para no morirnos de hambre, de entregar mi inocente hija a un hombre como tú, podía perdonárselo; pero privarme cruelmente de un hijo querido, de una alhaja con la cual no puede compararse ni siquiera a su hermana Racuña. Los juncos del Nilo no son más derechos; los cedros del Líbano, que se visitan con devoción, no son más esbeltos. Era suave como un cordero, candoroso como la paloma, tenía la decisión de un águila en los asuntos y en la vigilancia, la viveza y la agilidad del ardilla. Era *háchib* y servía al Califa con un amor, un celo, con una atención inimitables; se hubiera creído que su soberano lo amaba; pero, ¡fiate de estos tigres de príncipes! Ha ordenado su muerte y ha hecho que se consume nuestra ruina y la suya en un momento. ¡Ah! Chemaeddín mío! El tirano que ha decretado tu muerte por un vaso de agua, había bebido, de seguro, treinta vasos de vino demás.

El Califa, al oír esta historia, comenzó a presentir todos sus entuertos. El había dado muchas lecciones en su vida, pero jamás había recibido ninguna de nadie: quería excusarse a sí mismo.

—He oído hablar —dijo— del asunto del *háchib* Chemaeddín; había allí algo más que un vaso de agua.

—¿Quieres referirte a un plato de pasteles? ¡Vaya una maravilla! Mi hijo estaba acostumbrado a comer demasiado

bien para que le llamaran la atención estas porquerías. El no sabía de dónde procedía el tal plato; se lo dió por lo que valía al guarda del barrio.

—Pero hubo algo más serio —insistió el Califa—; miró a la mujer que bebía el vaso de agua, y la ley condena...

—¿Te vas a poner a defender ahora al Califa y a la ley? —interrumpió la vieja—. ¡Escucha! Las gentes de tu calaña que no la practican, no pueden entenderla. Mi hijo no ha mirado a esta mujer. ¡El pobre! Si tiene menos malicia que un cordero! Y aun cuando la hubiera visto, ¿tiene los ojos de un basilisco? ¿La habría matado? Si hubiera que sacar los ojos a todos los hombres que han visto por casualidad la cara de una mujer en las calles de Bagdad, no se encontrarían en ellas más que ciegos.

—Pero era una mujer del Califa, y el que las mira se expone a la muerte.

—¿Por qué las deja él que anden por la calle, si los que pueden verlas tienen siempre un sable suspendido sobre sus cabezas? Que mande poner un cartel sobre la frente de aquellas a quienes permita pasearse, y yo prometo que no encontrarán ni un hombre en su camino, ni un vaso de agua para apagar su sed. Pero, dime tú, ladrón de profesión (yo no puedo dudar de que tú lo seas, cuando todo el mundo lo dice y te persiguen como a tal); dime, repito, ¿serías tú capaz de cometer una crueldad semejante, a la que yo tengo derecho a reprochar al Príncipe de los Creyentes, al lugarteniente de Dios en la tierra? Vosotros, los ladrones, atacáis a las gentes para apoderaros de sus riquezas; vosotros no los mataís más que por defenderos, si os hacen resistencia; vosotros les dejáis sus pies y sus manos para que puedan salir del atolladero. ¿Asesinaríais sin piedad al que os hubiera servido fielmente? Pero vosotros no sois soberanos; vosotros no sois más que ladrones. Y te digo que estoy tentada a creer que, en números iguales, entraría en el Paraíso un centenar de ladrones por cada rey; puesto que no se podría menos de llegar al acuerdo de que Harún Arraxid es el más perfecto de todos los príncipes de la tierra.

La buena Omaljair se calló; ya era tiempo. Harún, aterrado por la verdad de todo lo que acababa de decirle, estaba completamente fuera de sí.

—Confieso que llevas razón, madre mía —le dijo—. El Califa se ha equivocado; se ha dejado arrastrar por la pasión, que todos los que le rodean se apresuran a servir. No ha podido hallar en toda su corte un amigo, un consejero prudente que se imponga el deber de refrenarlo. Yo lo encuentro muy censurable; pero quizá es más digno de lástima todavía. Felizmente, no se ha hecho nada malo irremediable: tu hijo vive. Se ha consumado en un momento la ruina de todos vuestros bienes; en otro instante se puede reparar. Yo voy a salir; tengo algunos conocimientos en palacio; pondré todo en danza para servirte y te prometo que tu hijo volverá hoy mismo a tus brazos.

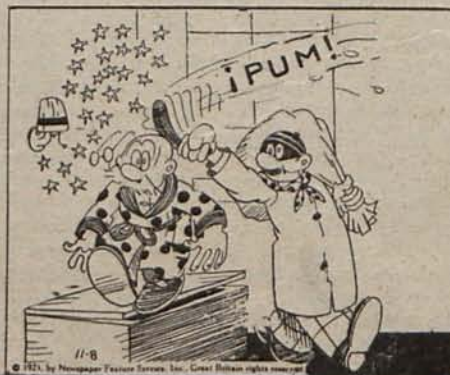
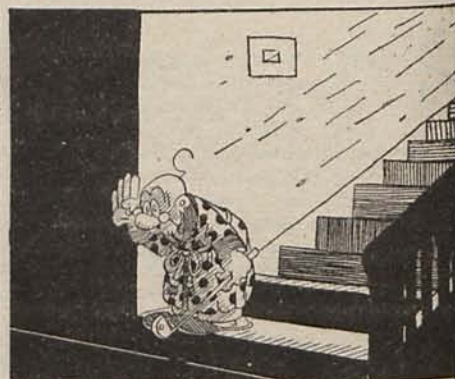
—¡Oh, hijo mío! —replicó Omaljair—; esto no podrás hacérselo creer; el Califa no es uno de los hombres a quienes tú puedas hacer venir corriendo a buscarte, hasta sin babuchas; ya no tienes el anillo que hizo quedarse petrificados a los esbirros del jefe de policía. Procura no mezclarte en los asuntos del gran Harún Arraxid, a cuyo poder están sometidos la tierra y el mar, delante del cual se inclinan los astros como ante el vicario de nuestro gran Profeta (¡ruegue Dios por él y lo salve!). El gran visir Cháfar no se atrevería a intentar lo que tú te propones hacer: Quédate aquí tranquilo, ya que te dejan; muda de conducta; vive con nosotras. Sé de aquí en adelante un hombre honrado, y haz limosnas. Dios es infinitamente bueno y te perdonará lo pasado. Si sales, si te expones, nos vas a hacer morir de terror. Mira los ojos de mi pobre Racuña: te piden misericordia para contigo mismo. Ten en cuenta que todas estas cosas de oro, de seda, de jaspe que aquí nos dejas, no valdrían para nosotras lo que nos arrebatarías si tú mismo te marcharas. Mi hijo es inocente y, por tanto, está bajo la protección divina, y aunque yo te quiera menos que a mi hijo, no tiemblo tanto por él como por ti.

(Continuará en el número próximo.)

CABALLEROS, ¿PERO ES QUE HAN TOMADO US
TEDES MI CASA POR UN BAILE DE MÁSCARAS?



VIRIATO ORTIZ, FRESCO Y BARBUDO



AVENTURAS DE MEDIOPOLLO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Erase un lindo gallito de irisado y brillante plumaje, con su cresta roja y patitas doradas todavía sin espolones. No tenía a nadie en el mundo. Vivía solito en el bosque, y como a ninguno hacía mal y era cortés y complaciente con los demás animales de la selva no tenía enemigos; todos le querían bien y le brindaban protección en casos apurados.

Le llamaban *Mediopollo* por lo pequeño que era de cuerpo.

Una mañana muy temprano, picoteando *Mediopollo* entre la hierba, se encontró media peseta.

¿De qué serviría a *Mediopollo* su media peseta?

Ni tiempo tuvo de pensarlo.

El rey de aquella tierra, que iba por allí cazando, se presentó con mucha oportunidad.

—Muy contento estás, *Mediopollo* —le dijo—, algo bueno te sucede.

—Es, señor, que acabo de encontrar media peseta.

—Con la falta que a mí me hace —murmuró el rey—. Si me la quieres prestar, querido *Mediopollo*, me sacarás de un apuro muy grande, y te la devolveré pronto, con sus réditos, por supuesto.

—Te la prestaré, señor, desinteresadamente. Ahí va la media peseta. Confío en tu palabra y ni siquiera te exijo recibo.

—No es menester —dijo el rey—. Guardó ufano su dinero y se fué apresuradamente.

En vano esperó *Mediopollo*; un día, por fin, con su morralito a la espalda, decidió ir a reclamar al rey su deuda.

A poco trecho vinieron a saludarle un bando de palomas torcaes; eran tantas que parecían una densa nube.

—¿Dónde vas, *Mediopollo*? —dijeron las palomas.

A casa del rey, que me debe media peseta.

—Vamos a acompañarte.

—No, que os cansaréis.

—¿Qué hemos de cansarnos!

Y echaron a andar en pos de *Mediopollo*; pero pronto se declararon vencidas, pues no podían seguirle.

—Entrad en el morral —les dijo *Mediopollo*, y se metieron todas dentro.

Al poco rato encontró infinitas lechuzas acurrucadas en las ramas de los árboles, las cuales se alegraron mucho de verle.

—¿Dónde vas, *Mediopollo*?

—A casa del rey, que me debe media peseta.

—¿Quiéres que te acompañemos?

—No, que os cansaréis.

—¿Qué nos hemos de cansar!

Le rodearon las lechuzas y se fueron tras él.

Como *Mediopollo* con las prisas de cobrar parecía un huracán, las pobres lechuzas quedaron en seguida sin aliento.

—Meteos en el morral —les dijo *Mediopollo*, y prosiguió su camino.

Después se topó con una manada de lobos hambrientos.

—¿Dónde vas, *Mediopollo*?

—A casa del rey, que me debe media peseta.

—Pronto os cansaréis.

—¡No nos cansamos nunca!

Se engañaron los lobos, y compadecido *Mediopollo* de verlos con la lengua fuera, sudando la gota gorda, los metió a todos en el morral.

Apretó el paso, y cruzando una gran dehesa, vinieron a saludarle una magnífica torada que estaba allí pastando. Eran toros muy bravos, que mujían espantosamente y escarbaban furiosos la tierra.

—¿Dónde vas, *Mediopollo*?

—A ver al rey, que me debe media peseta.

—Hemos de acompañarte.

—No, que os cansaréis.

Se empeñaron en seguirle, pero también los toros confesaron con bufidos que no podían ya ni con los cuernos.

—En el morral falta gente —les dijo *Mediopollo*.

Y llegado a la presencia del rey, le dijo:

—He venido a cobrar mi hacienda, señor.

El rey se enfadó mucho, tanto por el desacato como por la finalidad de la visita.

—¡Eal, guardias; coged a ese picaro y dadle más grano que el que ha menester. Enterradlo en el granero y echadle encima no menos de cien cahices.

Cogieron a *Mediopollo* y ejecutaron lo que el rey mandó.

El pobre *Mediopollo* llamó en su ayuda a las palomas.

—¡Palomas, aquí hay trigo!

Salieron las innumerables palomas, y en un santiamén vaciaron el granero y se fueron con el buche lleno. El rey dijo a sus criados:

—Id al granero y desenterrad a *Mediopollo*, ya habrá estirado la pata.

Volvieron espeluznados.

—Señor, no ha dejado un solo grano de trigo, todo se lo ha zampado *Mediopollo*. Lo que no sabemos es dónde se lo ha metido ese hambrón, porque es lo cierto que no abulta más que antes.

—Llevad a ese ladrón al trujal del aceite —dijo el rey echando chispas—. Ahogad allí a ese vil *Mediopollo* que tal estrago ha hecho en mi granero.

Arrojaron a *Mediopollo* en el inmenso trujal, un verdadero lago de aceite.

Apenas cayó, gritó afligido *Mediopollo*:

—¡Lechuzas, que hay aceite!

Salieron las lechuzas, y tan buena maña se dieron en sorberlo, que al poco rato no quedaba ni una gota para un remedio.

Cuando calcularon que *Mediopollo* tuvo tiempo de sobra para ahogarse, vieron espantados los criados del rey que el trujal estaba seco.

Al saberlo el rey, echaba espumarajos de rabia.

—Echadlo en las caballerizas, contra las patas de los caballos, para que lo trituren y den su merecido a ese infame.

Lo echaron a las patas de los caballos, pero apenas los olieron, salieron los hambrientos lobos, e hicieron tal destrozo, que de

tantos y tan buenos caballos que allí había, sólo dejaron costillares y zancarrones, tan bien mondados, que no se desperdició ni una pilitra. Con este nuevo desastre, el rey no tuvo consuelo.

—Tocad llamada inmediatamente; que acuda todo el mundo con estacas, lanzas, hoces, espadas, piedras, cuanto tengan a mano. Sacad a *Mediopollo* al medio de la plaza y que muera a la vista de todos. Dadle la peor muerte posible. Quien tal ha hecho, que tal pague.

Al mandato del rey, acudió armado el pueblo en masa, con los guerreros al frente. Condujeron a *Mediopollo* atado por las patas a la plaza Mayor, lugar escogido para el suplicio.

—Toros, aquí hay gente —exclamó *Mediopollo*.

Salieron los feroces animales, y embistiendo como rayos, empezaron a repartir serias cornadas a diestro y siniestro. La muchedumbre trató de escapar despavorida, pero los toros los enristraron sin miramientos, no dejando titere con cabeza.

Viendo el rey que se quedaba sin súbditos y que *Mediopollo* tenía bromas muy pesadas, se dio a partido, y haciendo firme propósito de no tener más cuentas con él, con todo el dolor de su alma, le devolvió la media peseta.

FIN



HISTORIAS DE ANIMALES

EL ZANGANO

(HISTORIA EJEMPLAR)

La colmena, como una garita hecha con paja de sombrero, estaba llena de abejas que entraban y salían y revoloteaban alrededor.

Era aquella una casa bien organizada, grande en relación con sus habitantes, como un rascacielos norteamericano, y como en un rascacielos también todo el mundo trabajaba allí constantemente; todas las abejas estaban ocupadas ya fabricando cera, ya fabricando miel, ya escribiendo a máquina la correspondencia. Otras además salían fuera a meterse entre los pétalos de las flores, en los capullos tiernos, para llegar a la corola a libar el jugo dulce de la planta que luego, en la gran oficina colmenera, había de fabricarse.

¡Qué orden! ¡Qué silencio en medio de aquel ajeteo, de aquella maraña de idas y venidas!

Las abejas trabajaban en paz, allá en el fondo del jardín. Nadie las molestaba y podía decirse que estuvieran en el mejor de los mundos.

Sólo, de vez en cuando, un hombre se acercaba a visitar la fábrica; un hombre con careta, como si fuera a hacer un asalto de esgrima o como si quisiera ir disfrazado para que a las abejas no les picase la curiosidad de conocerle de cerca.

La reina de las abejas, más gorda y más peluda que las otras, con más facha de reina antigua, gobernaba constitucionalmente aquella colonia perfecta, todo orden, normalidad y trabajo.

Claro es que, al hablar del trabajo en la colmena, hay que hacer una distinción forzosa: el zángano; que, como en todas las demás colmenas, ocupaba allí su lugar encargado de un papel pasivo.

Ya sabemos todos lo que es un zángano. ¿A quién no le han llamado zángano alguna vez, entendiéndolo por zángano al sujeto que come y no trabaja y del que no se puede obtener ningún resultado serio?

El zángano aquel, Felipe, era de lo más zángano que puede verse. Ya podían todas sus hermanas, las abejas, ocuparse en las labores propias de su sexo; ya podía él verlas afanarse horas y horas que no se le pasaban ganas de trabajar, ni por casualidad.

En vano las activas obreras de la colmena reclamaban su ayuda alguna vez, cuando más trabajo tenían que dejar listo.

—Felipe, ¿me quieres ayudar a acabar esta velita con este poco de cera?

—Felipe, ¿quieres ayudarme a meter miel en estas cajas para las tiendas de comestibles?

—Felipe, ¿quieres ayudarnos a contar estos cajones que deben salir hoy mismo, sin falta?

Y Felipe se encogía de hombros, como diciendo: «¡A mi dejadme en paz!» Y seguía tumbado o revoloteaba de un lado para otro estorbando a las abejas en su trabajo.

Eso sí a la hora de comer, nunca Felipe dejaba de ocupar su sitio y de tragar como si se hubiese pasado el día trabajando. Después de comer, como las obreras tenían que acostarse temprano para madrugar al día siguiente y ponerse a trabajar, el zángano se ponía su sombrerito y se iba por el jardín en busca de aventuras. Luego volvía de madrugada a la colmena, y al día siguiente no había manera de hacerlo levantar.

Tal estado de cosas, tal rebeldía en el orden de aque-

lla casa, tal desigualdad entre el ocio y la laboriosidad, excitaban la indignación de toda la colmena, que reclamó pidiendo justicia.

La reina de las abejas tuvo que tomar cartas en el asunto y llamar a Felipe a su despacho:

—Felipe, esto no puede seguir así; tú verás lo que haces. O te enmiendas; o te marchas de aquí. No puede consentirse tu despreocupación. Si te marchas, como no conoces ningún oficio, te morirás de hambre.

—¡Claro! —pensó Felipe.

—Por lo tanto, para evitar peores acontecimientos, he decidido ocuparte en algo. Así podrás vivir tranquilamente con tus horas de trabajo, tu sueldecito y un día libre a la semana. ¿Te conviene?

—Sí, señora. Pero ¿en qué me voy a ocupar yo?

—¿Sabes hacer cera?

—¿Yo? No. No puedo soportar el olor, y además se resbala uno mucho.

—¿Sabes hacer miel?

—¡Me empalaga! Y lo pega todo... ¡Qué asco!

—¿Sabes empaquetar? ¿Sabes facturar?

—No, no.

—¿Y escribir a máquina? ¿Y llevar la caja y la contabilidad?

—Nada de eso.

—Entonces, ¿qué puedo hacer contigo? ¿Quieres ser comisionista?

—¿Y qué es eso?

—Pues eso es ir por las tiendas ofreciendo nuestros productos a los comerciantes.

—¡Debe ser muy pesado!

Entonces, ¿no quieres trabajar en nada?

—Yo..., sí..., ¡claro!... Pero es que... ¡Ya está! ¡Ya lo tengo!

—¿Qué?

—El oficio. Seré jefe de la propaganda.

—No está mal. ¿Qué clase de propaganda vas a hacer?

Una propaganda estupenda, los anuncios más eficaces. Ya lo verá usted. Por lo pronto, quiero seis empleadas que tengan buen aguijón.

Cuando tuvo a sus órdenes las seis empleadas, las afiló bien el aguijón y escribió en la punta unas letritas microscópicas.

—Ahora, ¡a picar por ahí!

Volaron las seis propagandistas, y empezaron a picar a la gente. Al principio no se notaba de la picadura más que el dolor y un poquito de irritación en la piel, pero en cuanto se hinchaba las letras crecían y se podía leer claramente este anuncio:

«Para cera y miel superfinas, la colmena Fernández.»

El éxito del reclamo fué sorprendente. A nadie que se lo hicieran se le olvidaba ya nunca el anuncio.

Los pedidos de productos a la colmena aumentaban de día en día. Hubo que subir el sueldo al ingenioso Felipe y poner a sus órdenes doscientas abejas propagandistas, para que picasen por todas partes.

Los jueves, los días que los grandes almacenes regalan globos anunciadores, las abejas picaban solamente a los niños y les hacían un globito con anuncio en la redondez brillante de una picadura más inofensiva que la corriente.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



MIRA DON CUICO, NO GASTES BROMAS CON EL FUEGO, PORQUE QUEMA.

DON CUICO Y DON QUICO



CARGANDO EL MORTERO CON ESTA POLVORA HARA EL MISMO RUIDO QUE DIEZ CAÑONES

MUY BIEN DON QUICO



Y ATASCÁNDOLO BIEN HARA EL RUIDO DE VEINTE CAÑONES

¿ERES UN HACIA DON QUICO?



Y MAÑANA TEMPRANO LO DISPARAREMOS. ESTA SERA LA SEÑAL PARA QUE EMPIECEN LOS FESTEJOS DEL PUEBLO

Y QUE LO VAYAN A OIR A VEINTE LEGUAS DE AQUÍ



AHORA QUE NO ESTA DON QUICO SE ME OCURRE UNA IDEA PARA QUE HAGA MAS RUIDO EL CAÑONAZO



CON ESTA CAJA DE TUERCAS EL RUIDO SERA EL DE CIENTO CINCUENTA CAÑONAZOS



PARACE QUE ESTOY VIENDO LA CARA QUE VA A PONER DON QUICO CUANDO OIGA UN RUIDO TAN FORMIDABLE



¡POR DIOS, DON QUICO, NO VAYAS A DISPARAR!

¿POR QUÉ? ¡SI YA ES LA HORA DE EMPEZAR LOS FESTEJOS!



¡PUM!



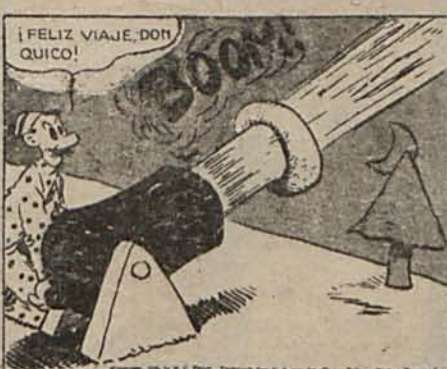
¿VES LO QUE HAS HECHO, PEDAZO DE MELLÓN?

¡QUE SUSTO TENGO DON CUICO! ¡ME HE QUEDADO FRÍO!



PUES AHORA TE VOY A HACER ENTRAR EN CALOR

¡DON CUICO, NO SEAS BRUTO! ¡TEN COMPASIÓN!



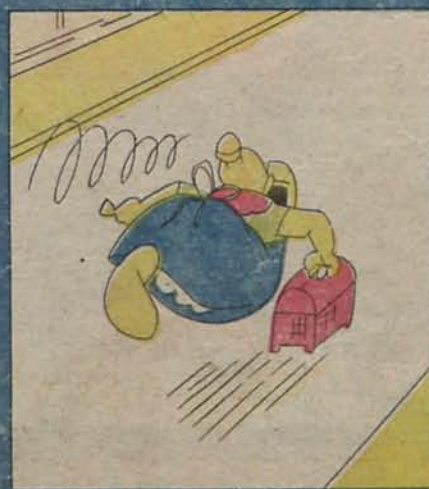
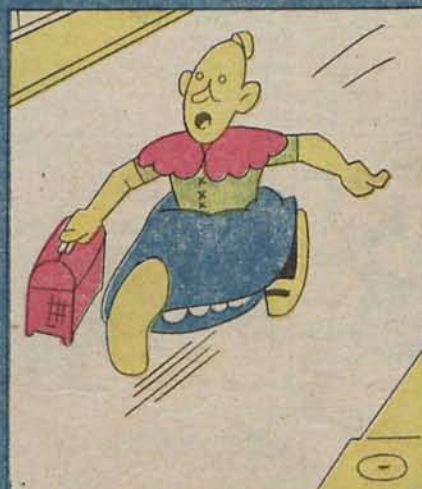
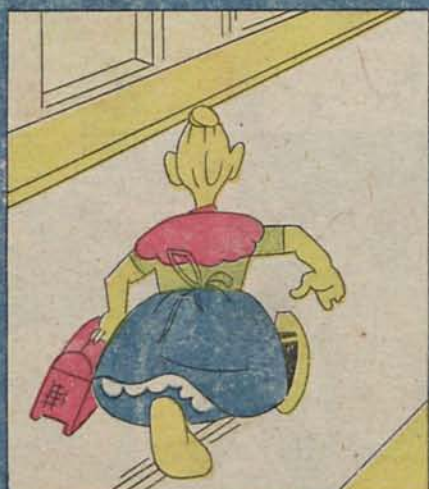
¡FELIZ VIAJE, DON QUICO!



BUENO, HE RECORRIDO UNOS CIENTO METROS POR EL AIRE, ASÍ QUE COMO TENGO QUE VOLVER A MI PUEBLO A PIE ME QUEDO SIN VER LOS FESTEJOS



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y DON TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.



¡HIJOS MIOS, AL QUE MADRUGA DIOS LE AYUDA Y EL QUE NO MADRUGA SE QUEDA SIN GUSANOS!



HE SIDO UN IDIOTA VIENI-
DOME A VIVIR A ESTA FIN-
CA. NO HAY NI UNA MALA
DESPENSA DONDE TOMAR
UN BOCADILLO



1

¡HOLA! ¡UN POLLO
BIEN! ¡CON LO QUE
A MI ME GUSTAN LOS
POLLOS CON TOMATE!
¡YA TENGO CENA!



2

¡VEN, POLLITO, VEN!
¡NO TE VAYAS, QUE
VAMOS A JUGAR A
LA GALLINITA CIE-
GA!



3

¡SI SI! ¡MENU-
DA VISTA TENGO
YO PARA JUGAR
A LA GALLINITA
CIEGA!

NO CREIA YO QUE
EL POLLO FUESE UN
PLATO TAN LIGERO.
¡HAY QUE VER QUE PA-
SO LLEVA!



4



5

¡YA TENGO UNA
IDEA! ¡Y ES QUE
A NOSOTROS, LOS
GRANDES HOMBRES
SE NOS OCURREN
LOS INVENTOS CUANDO
TENEMOS EL ESTO-
MAGO VACÍO!



7



9

LA EMBOSCADA QUE LE
PREPARO CON ESTAS LOM-
BRICITAS ES DE LAS QUE
NECESARIAMENTE TER-
MINAN CON UN POLLO
EN LA CAZUELA.



10



11



12

¡CARAY! ¡YO QUE
NO HE PODIDO ENCON-
TRAR UNA LOMBRIZ
EN TODA LA MAÑA-
NA!

¡QUÉ IMAGINACIÓN LA DE ESTE GA-
TO! ¡COMO SE LAS HABRA ARRE-
GLADO PARA ADIVINAR QUE YO
IBA DE PESCA?

¡TOMA MORRONGUIS,
PARA QUE TE SONRIAS
DE LOS PECES DE
COLORES.

¡BAH! ¡NO ES ESTE
EL POLLO QUE A MI MAS
ME GUSTA, PERO DESPUES
DE TODO.....HOY ES
VIGILIA!

© 1975 by King Features Syndicate, Inc.
Toma Morronguis registered 12-20

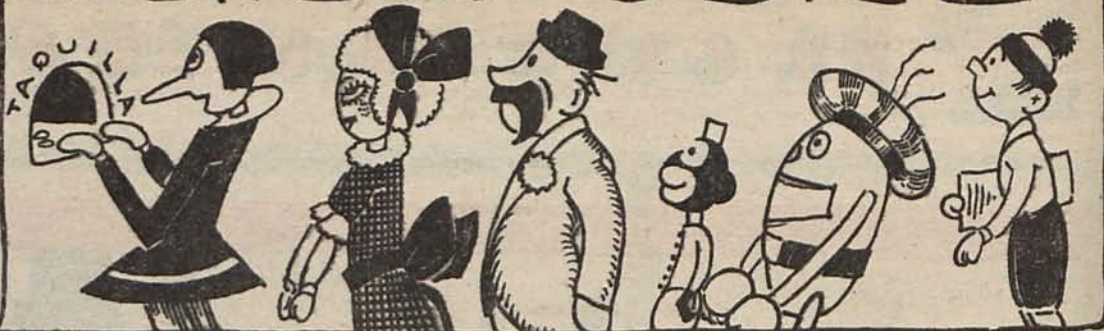
PAT SULLIVAN

PROGRAMA
PARA HOY

LA LUCHA CON BLACK STORM

Sensacional!

GRAN CINE



Con el tiempo justo.

A pesar de ser el día de Pascua, el oficial de la policía montada Tom Terry estaba, como siempre, haciendo su ronda, porque tenía que cumplir con su deber, cualquiera que fuese el día.

Iba por una carretera solitaria, cabalgando en su caballo blanco *Fleetaway*, silbando alegremente, componiendo él y su espléndido caballo un hermoso cuadro.

Fleetaway trotaba con el lomo arqueado, meneando la cola como sintiéndose orgulloso de servir para tan importante servicio. Era un caballo de aspecto majestuoso, y entre él y su amo existía un verdadero compañerismo. Tom tenía domesticado en alto grado de perfección; pero no era sólo su inteligencia lo que le hacía el mejor caballo de la policía montada; era principalmente su extraordinaria velocidad para correr, y en el pueblo donde Tom hacía la guardia, un pueblo con pocas carreteras y mucho terreno inculto, era inestimable un caballo como éste que corría como el viento.

La carretera bajaba en pendiente, con árboles a ambos lados, hasta llegar a un paso a nivel del ferrocarril. El pisar de la locomotora y el estrépito de las ruedas avisó a Tom de que estaba a punto de cruzar la carretera un tren. El ruido se fué haciendo más perceptible, y enseguida apareció la máquina por una curva, arrastrando en pos de ella una variada colección de vagones.

Tom tiró de las riendas a *Fleetaway* junto a las puertas del paso a nivel y contempló el tren al pasar. Detrás de la máquina iban un par de vagones de mercancías y a continuación diez o doce jaulas con caballos. El convoy pasó rápidamente y Tom quedó con la vista fija en el faro piloto.

—Parece que se mudan unas caballerizas de carreras!

—pensó—. ¡Van ahí lo menos una docena de caballos!

El policía contempló cómo desaparecía el tren por una curva, y apenas se hubo perdido de vista el último coche oyéronse unos gritos terroríficos y el silbato de alarma y golpes y quejidos de personas.

—El tren ha sufrido un accidente —balbuceó Tom, haciendo girar a *Fleetaway*—. ¡Vamos allá a ver qué ha pasado!

El valiente caballo saltó las puertas con toda limpieza. Tom, con el pensamiento puesto en los que pudieran estar heridos, sacudió las riendas y *Fleetaway* partió a galope por la vía. A poco rato encontróse Tom ante un horrible espectáculo. La locomotora había descarrilado, arrastrando también a los vagones fuera de la vía; la locomotora estaba caída de lado y las ruedas seguían girando a una velocidad vertiginosa, minando el terraplén, que se deshacía en grandes terrones; grandes masas de vapor se escapaban por los purgadores, y el tender había quedado abarrotado con las mercancías del vagón inmediato.

Las jaulas de los caballos conservaban su posición vertical, pero estaban también fuera de los carriles, y algunos de ellos próximos a caer al precipicio.

Oíanse dentro de ellas las patadas de los caballos, a las cuales se mezclaban los gritos de las personas que habían caído fuera de la vía medio atontadas.

Tom se apeó de *Fleetaway* y corrió hasta la locomotora. Por una afortunada casualidad el maquinista y el fogonero habían quedado ilesos, y Tom les ayudó a salir de la máquina. Luego fué comprobando que casi todos los viajeros tenían golpes y arañazos, pero que no había ningún herido grave. Atontados por el golpe, aún no se daban cuenta de lo sucedido. Poco a poco fueron uniéndose a Tom.

Entre ellos iban cuatro hombres encargados de los caballos.

—Ha sido una suerte que las jaulas fuesen a la cola de las mercancías, porque me parece que ninguno de los animales está herido —dijo Tom—. Yo iré a pedir socorro a caballo.

—No hace falta —contestó el maquinista—; ya ha ido el guarda por la vía a avisar desde el teléfono más próximo...

De la locomotora salió un sonido crujiente y se vió a su lado el resplandor rojizo de un fuego.

—¿Qué es eso? —exclamó Tom.

—¡Cielos! ¡Las brasas de la máquina han prendido fuego al vagón destrozado y ahora todo el tren va a arder! —dijo el maquinista horripilado.

Efectivamente, las llamas iban creciendo rápidamente y propagándose a lo largo de los vagones. Un viento fuerte daba incremento al fuego y Tom previó que todos los coches iban a quedar reducidos a cenizas si no se ponía remedio inmediatamente.

—¡Los caballos! ¡Los caballos! ¡Venid a sacarlos de aquí! —gritó.

Los hombres corrieron a obedecer y Tom se dirigió a la jaula más próxima al fuego; pero vió con gran desaliento que la puerta se había encajado con el golpe del choque y que era imposible abrirla. Saltó fuera del vagón para buscar algo más fuerte que la mano del hombre. A la luz de las llamas revolvió entre las ruinas del vagón destrozado, y encontró una barra de hierro a la cual estaban todavía pegados trozos de madera. Valiéndose de ella a modo de palanca abrió la puerta; oyóse un relincho de espanto y salió disparado un hermoso caballo gris. Uno de los hombres cogió del ramal al espantado caballo y lo separó del fuego. Tom ya estaba maniobrando en la jaula próxima; no había tiempo que perder, porque la jaula que acababa de abrir ya estaba convertida en un montón de llamas. Era verdaderamente asombroso ver la rapidez con que las llamas devoraban la madera estimuladas por el viento. El policía fué abriendo una tras otra todas las jaulas sosteniendo una verdadera lucha con las llamas.

Los caballos salían enloquecidos y relinchando estrepitosamente; pero, según iban saliendo, los hombres se encargaban de ellos y los apartaban del fuego; los animales estaban temblorosos y atemorizados.

Tom trabajaba desesperadamente, gotas de sudor caíanle por la cara; las manos ennegrecidas y desgarrado el uniforme.

Cuando ya no faltaba más que una puerta por abrir, Tom empezó a arrancarla por medio de la palanca, como había hecho con las otras. De dentro de la jaula salió un impaciente patear de cascos y el relincho de un caballo furioso.

—¡Tenga usted cuidado al abrir esa puerta, policía! —le advirtió uno de los hombres—. ¡En esa jaula está *Black Storm* y es un caballo con un genio que no hay quien pueda con él!

Tom se aplicó ardientemente a la obra, tomando precauciones. ¡Amante de los caballos como era, sentía verdadera compasión por él! Después de varios esfuerzos logró arrancar la cerradura de la puerta, que las patadas del caballo se encargaron de lanzar lejos, y *Black Storm* salió de la jaula como un verdadero torbellino. Era un hermoso caballo negro, y Tom tuvo que apartarse a un lado para que no le derribase. Después se agarró al ramal; pero era tal la velocidad que llevaba que arrastró al policía por el suelo, y éste tuvo que soltar la cuerda.

El animal levantó la cabeza con las narices dilatadas, enseñando lo blanco de los ojos. Estaba poseído de una furia loca y dió un estridente relincho, que era como un canto a la libertad. Inmediatamente relincharon todos los demás caballos, respondiéndole; agitaron la cabeza; se pusieron de pie sobre las patas traseras y se desprendieron de los que los tenían cogidos por el ramal.

El animal levantó la cabeza con las narices dilatadas, enseñando lo blanco de los ojos. Estaba poseído de una furia loca y dió un estridente relincho, que era como un canto a la libertad. Inmediatamente relincharon todos los demás caballos, respondiéndole; agitaron la cabeza; se pusieron de pie sobre las patas traseras y se desprendieron de los que los tenían cogidos por el ramal.

El animal levantó la cabeza con las narices dilatadas, enseñando lo blanco de los ojos. Estaba poseído de una furia loca y dió un estridente relincho, que era como un canto a la libertad. Inmediatamente relincharon todos los demás caballos, respondiéndole; agitaron la cabeza; se pusieron de pie sobre las patas traseras y se desprendieron de los que los tenían cogidos por el ramal.

Prodújose un espectáculo asombroso. *Black Storm* siguió corriendo y saltó la valla que separaba la vía. Los otros diez caballos le siguieron obedientemente, y en un momento se perdieron todos de vista en la oscuridad de la noche, galopando por el páramo abierto y salvaje.

—¡Querer coger a *Black Storm* es como si quisiéramos coger un relámpago! —gruñó uno de los encargados.

—¡Y ya podéis daros por contentos de que los caballos hayan salido de las jaulas! —y señaló a éstas que ya estaban todas envueltas en llamas.

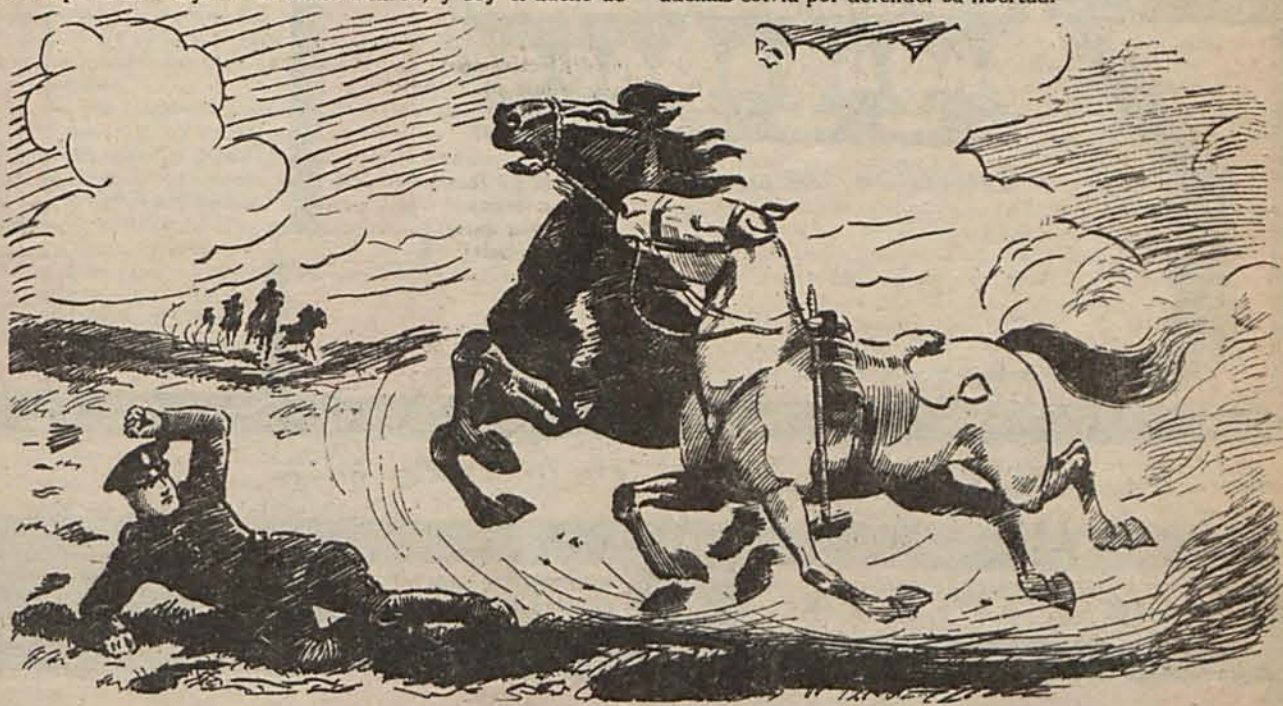
Black Storm, el caballo errante.

A la tarde siguiente salía Tom de la Jefatura de Policía de Shefford, su distrito, dispuesto a hacer la ronda. Tanto él como *Fleetaway* iban muy elegantes y cinchados, y las gentes les miraban al pasar.

Tom había dado un informe completo del accidente del tren, y su superior, el inspector Spear, le encomió mucho su conducta.

En el momento en que el policía iba a montar salió de la Jefatura un señor que se dirigió apresuradamente a él y se le quedó mirando muy sonriente. Era un señor de media edad, con la cara muy rubicunda.

—Usted perdona —dijo—. Me llamo Benson, y soy el dueño de



los caballos que usted salvó anoche. Los caballos iban para trasladarse a unas cuadras nuevas, y Spear me ha dicho que fué usted el que se apresuró a sacarlos de las jaulas.

Tom se movió nerviosamente porque no le gustaba oír alabanzas.

—Me alegro de haberle podido hacer ese pequeño servicio.

—Yo deseaba darle las gracias personalmente —añadió Benson apasionadamente—. A parte del valor que suponen los caballos hubiera sentido mucho que les hubiera pasado ninguna desgracia.

—Eso ha sido principalmente lo que me movió a acudir en su auxilio, porque no me gusta ver sufrir a los animales, y especialmente a los caballos. Pero ¿qué ha sido de ellos? ¿Los han capturado ya?

—Sí, señor; han capturado a todos menos a uno.

—Seguramente podría decirle a usted el nombre del que falta —dijo Tom sonriendo—. ¿Será *Black Storm*?

—El mismo.

—¡Hermoso caballo, de veras! —añadió Tom. No le he visto más que un momento, pero fué lo suficiente para percatarme de que es un animal de coraje.

—Es cierto. Es el mejor caballo de todos los que tengo, y corre como el viento. A los otros los han cogido sin dificultad porque son más mansos, pero a *Black Storm* no han podido ni acercarse a él; en cuanto ve un hombre aprieta a correr, y como es tan veloz, fácilmente pierde de vista a cualquier otro caballo, así que todavía anda corriendo por los terrenos incultos, y he ofrecido un premio al que le coja.

—Pues es un peligro para un caballo de tal bravura correr salvajemente. Yo estaré a la mira por si le veo.

Seguramente —dijo Benson—, y por cierto que también lleva usted uno bueno —añadió, echando una ojeada de hombre experto sobre *Fleetaway*. Es un milagro que no se haya espantado cuando los otros caballos huyeron.

—Es que *Fleetaway* está muy bien enseñado —contestó Tom riéndose.

—Me parece muy capaz de vencer a cualquier caballo, es decir, a cualquiera que no sea *Black Storm*.

—¡Y quién sabe si también lo vencería! —respondió Tom saltando sobre la silla y preparándose para marchar.

—Hombre, eso ya me parece mucho, repuso Benson meneando la cabeza.

El policía salió trotando, y al poco tiempo corría otra vez por el desierto páramo, por donde *Black Storm* andaba errante como por terreno conquistado.

Tom desvióse de la carretera y tomó por un sendero que cruzaba la parte más salvaje del extenso erial. De repente, *Fleetaway* enderezó las orejas y volvió la cabeza a un lado al oír un relincho distante, que resonó en todo el páramo.

Era el reto de *Black Storm*.

Tom miró a su alrededor. Como a medio kilómetro de distancia y destacándose en el horizonte estaba la hermosa figura del caballo negro con la cabeza orgullosamente levantada y la crin flameando al viento. Olfateaba a *Fleetaway* y le desafiaba a avanzar en sus dominios. *Fleetaway* aceptó el reto. Y el caballo blanco contestó con un relincho que sonó como un clarín de guerra.

—¡Tranquilízate, *Fleetaway*! ¡Que hemos de cazar a *Black Storm*! —dijole su amo. Pero lo que no quiero son peleas, ¿eh? He hizo girar al caballo para perseguir al otro.

Black Storm, tan pronto como vió un hombre montado sobre un caballo, sacudió la cabeza y echó a correr todo lo más que podía.

Entonces empezó una caza notable. *Fleetaway* corría a una velocidad nunca superada; pero no ganaba terreno sobre el negro, que tenía la ventaja de que, no solamente no llevaba carga, sino que además corría por defender su libertad.

Pero al cabo de un rato el policía notó, con un estremecimiento de gozo, que su caballo se acercaba a *Black Storm*.

—¡Ala, *Fleetaway*! ¡Acércate más! ¡Que acabarás por cogerle!

Black Storm lanzó un chillido de terror, y se detuvo; se había metido por un terreno pantanoso, hundiéndose hasta la rodilla.

—¡Ahora o nunca! —exclamó Tom, desatando el rollo de cuerda que llevaba siempre en la silla—. Con la cuerda preparada fué hasta el borde del pantano. *Black Storm* se hundía cada vez más, y, aunque al ver aparecer a Tom le miró desafiadoramente y luchó con brío por salir, no consiguió más que meterse hasta más adentro en la charca.

Tom lanzó la cuerda con habilidad y enroscó el lazo alrededor del cuello del caballo; luego hizo girar en redondo a *Fleetaway*.

—¡Tira, *Fleetaway*! ¡Tira con fuerza!

El caballo blanco obedeció y, gradualmente, pero con seguridad, fué sacando a *Black Storm* del sitio peligroso en que se hallaba. Tom se arrojó del caballo, desató la cuerda de la silla y la ató al tronco de un arbusto bastante grueso.

Luego se acercó a *Black Storm*, diciéndole palabras suaves; éste estaba temblando, con la cabeza inclinada, como si comprendiera que Tom ya era dueño de él, y se dejó poner el ronzal mansamente.

La batalla estaba ganada.

El policía retrocedió algunos metros para recoger la gorra, que se le había caído. En aquel momento llegaba una partida de hombres de Benson para cazar a *Black Storm*. Este, al verlos, empezó a temblar, y, dando un salto, sacudió la crin y se zafó de la cuerda que tenía alrededor del cuello. Tom se volvió tan precipitadamente a él que resbaló y cayó al suelo. *Black Storm* se precipitó sobre él.

El policía vióse perdido; pero vino corriendo una figura blanca que parecía un rayo de luz. Era *Fleetaway* que alcanzó al caballo negro, se agarró con los dientes a la cuerda que le pendía del ronzal y dando la vuelta en redondo hizo girar también a *Black Storm*, evitando que pasara por encima del policía.

Tom se levantó de un salto al ver conjurado el peligro, y ayudado por los hombres de Benson consiguió por fin apoderarse del caballo, que fué reducido a la obediencia.

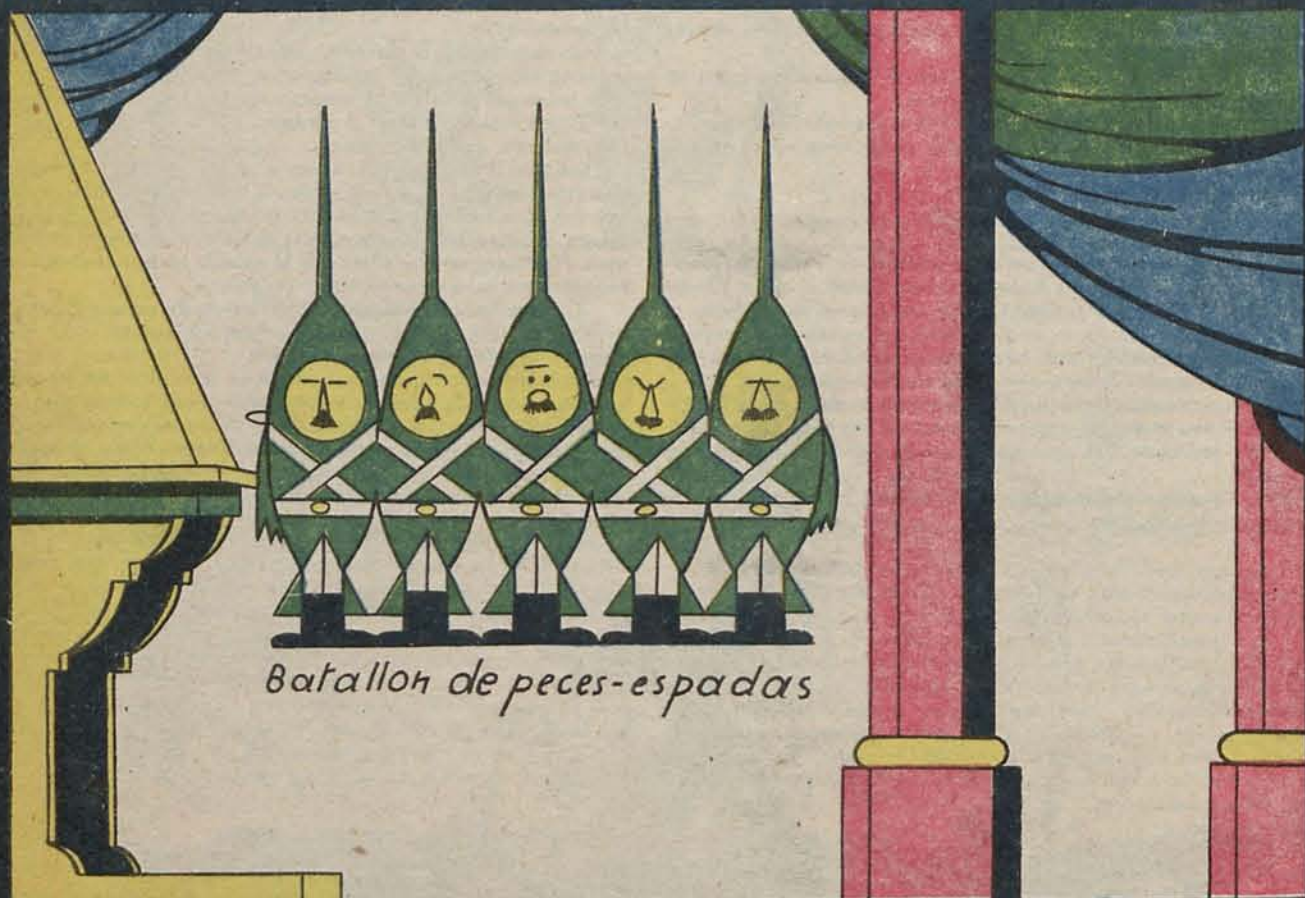
—¡Bravo, *Fleetaway*! —murmuró Tom al oído de su compañero—. Me has salvado la vida, y al fin de cuentas has sido tú también el que capturé a *Black Storm*.

¡¡HA TERMINADO!!

MATARILE, RILE RILE

ACTO III

2



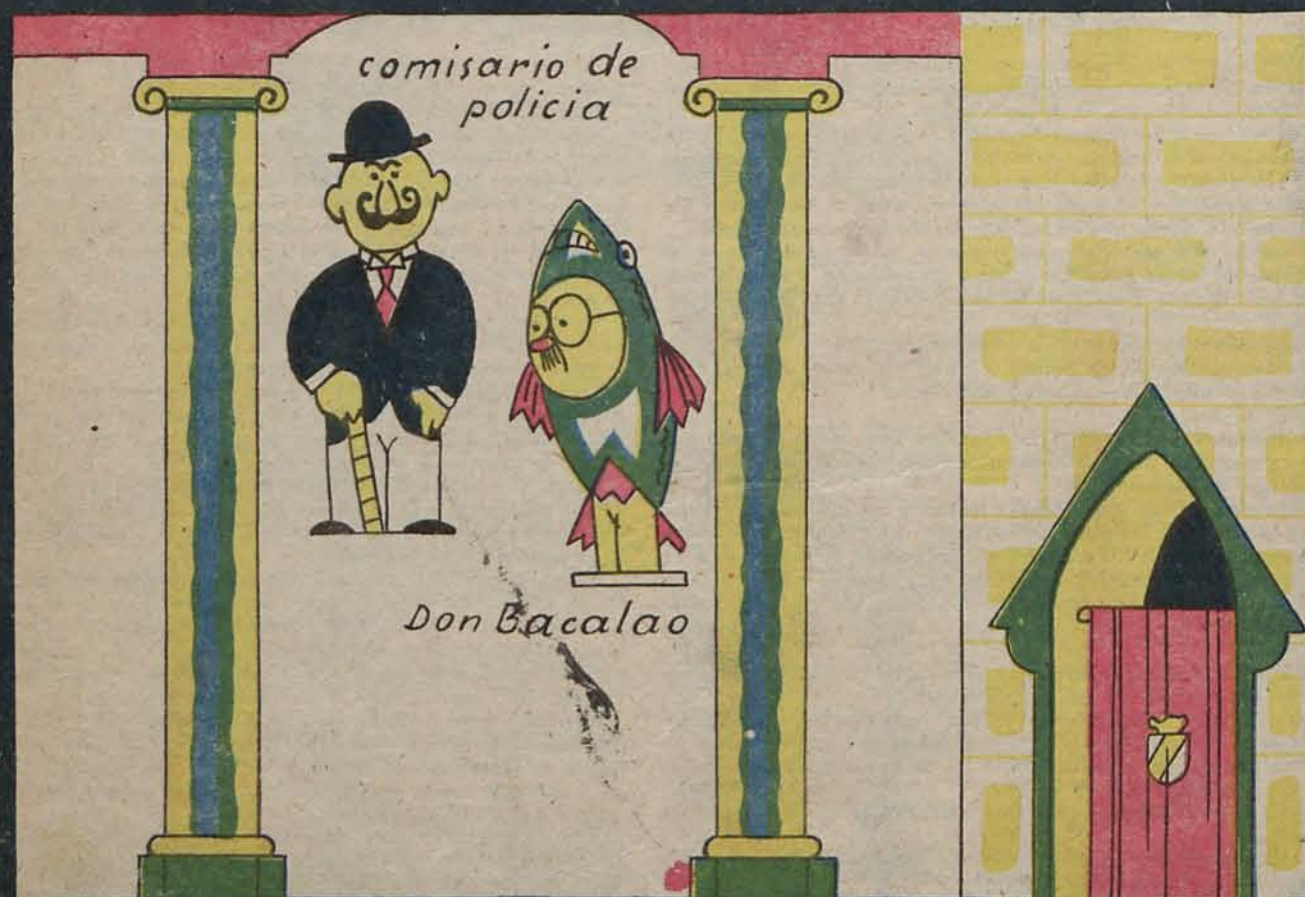
Batallon de peces-espadas

~~~~~ Recortense los espacios en blanco ~~~~~

MATARILE, RILE, RILE

ACTO III

3



*comisario de  
policia*

*Don Bacalao*



# EL TEATRO DE PINOCHO

MATARILE, RILE, RILE

COMEDIA EN TRES ACTOS

(Continuación.)

P. CANG. Ya sabes lo que quiero, quiero salir del agua, quiero ver la tierra y el cielo...

R. CANG. Ya sabes que eso no es posible, hijo mío. Ya sabes que mi poder no llega más que hasta esa línea oscilante que sube y baja en las playas, hasta la última gota de agua que resbala por la arena... En la tierra, te rodearían los mayores peligros... Sobre todo, desde que a la gente le ha dado por comerse los cangrejos en las cervicerías...

P. CANG. Yo sabría defenderme. No temo a nada.

R. CANG. ¡Pobre hijo mío! ¿Qué sabes tú de los peligros y del mundo y de los hombres? Has vivido siempre en la tranquilidad de estas profundidades, donde todos te quieren y te respetan...

P. CANG. Pero ¡me aburro tanto!...

R. CANG. Además, en la tierra reside el peor de mis enemigos, el mago Catifurcio, que siempre me ha hecho todo el daño posible...

(En este momento, caen dos llaves enormes, que se supone que sean las del castillo de Catifurcio.)

P. CANG. ¡Unas llaves! ¡Unas llaves que caen de la tierra!

R. CANG. Sí, siempre caen cosas. Quédate con ellas, si quieres.

P. CANG. ¡Son preciosas! Deben ser las llaves de una casa, o mejor, de un castillo... Será un castillo, en lo alto de un cerro... desafiando al viento, clavando sus torres en las nubes, con sus tejados rojos reluciendo al sol... ¡Padre, yo quiero subir a ver la tierra!...

R. CANG. (Tristemente.) ¡Pobre hijo mío!

P. CANG. ¡Mira, están escritas las llaves! Tienen un nombre grabado.

R. CANG. ¿Un nombre?

P. CANG. No es un nombre, es un signo. Mira...

R. CANG. ¿Qué veo? ¡Estas son las iniciales de mi enemigo Catifurcio! ¡Hombre, cuánto me alegro! Serán las llaves de su casa... ¡Me alegro mucho!... Trae, trae, que las guarde... ¡Que venga por ellas, si se atreve!

P. CANG. Me has dicho que me las regalabas... ¡Son tan bonitas!

R. CANG. Bueno, guárdalas, pero no se las des a nadie... Seguramente, Catifurcio empleará cualquier medio para rescatarlas. No se las des a nadie. Ya sabes que puedes luchar contra todos los peligros dentro del mar, pero que en la tierra serás débil... Si manda un buzo a buscar las llaves, puedes convertirte en hombre... ¡Todo antes que ese miserable se ría de mí!

P. CANG. Bueno, papá.

R. CANG. Hasta luego, hijo mío.

P. CANG. Hasta luego.

R. CANG. No te olvides que esta noche tenemos una recepción en el palacio para recibir a la princesa Medusa...

P. CANG. Ya sabes que aborrezco a la princesa Medusa...

R. CANG. Sí; pero ya sabes que a mí me conviene la amistad del rey Meduso, y que los príncipes tienen que amoldarse a las razones de Estado.

P. CANG. ¡Malditas razones de Estado!

R. CANG. Paciencia, hijo mío; ya te acostumbrarás. (Vase.)

P. CANG. ¿Cómo voy a acostumbrarme a ser desgraciado? Cualquier pececillo es más feliz que yo, cualquier estrella de mar, cualquiera de mis súbditos es feliz... ¡y yo soy un desgraciado! (Se va tristemente.)  
(Vuelve el coro de ondinas.)

CANCIÓN DEL CORO DE ONDINAS:

Besugo se fué a tierra,  
¡qué dolor, qué dolor, qué pena!  
Besugo se fué a tierra,  
no sé cuando vendrá,  
do-re-mí, do-re-fa,  
no sé cuando vendrá.

(Se van otra vez. Las ondinas se pasan así la vida.)

(Pero después se oye la voz del mago Catifurcio.)

CATIFUR. ¡No tengas miedo, Angelita! ¡Más a la derecha! Por ahí deben estar. No tengas miedo, yo tiraré de la cuerda cuando haga falta.

(Al oírse estas últimas palabras, aparece Angelita en el fondo del mar buscando las llaves, atada a la cintura por una cuerda.)

ANGTA. Por aquí deben de estar, pero no están. ¡También ha sido idea la de ese hombre de dejar que se le caigan las llaves al mar! ¡Cualquiera las encuentra! (Sigae buscando y sale el Príncipe Cangrejo.)

P. CANG. ¿Quién eres tú? ¡Nunca te he visto!

ANGTA. ¡Ay, un cangrejo!

P. CANG. No huyas, no tengas miedo. No te voy a hacer nada. Nunca te he visto, ni a ninguno de tu familia...

ANGTA. ¡Pues me choca, porque todos los veranos nos bañamos en la playa!...

P. CANG. ¿Qué especie de pez, qué animal eres?

ANGTA. ¿Animal yo? ¡Pues sí! ¡Yo no soy ningún animal, para que usted lo sepa! ¡Yo soy una niña, y el animal lo será usted...!

P. CANG. ¿Una niña? ¿Qué cosa es una niña? ¡Eres más hermosa que las sirenas!

ANGTA. Una niña, es una niña. Me parece que está clarísimo.

P. CANG. ¿De dónde has venido?

ANGTA. ¿De dónde voy a venir? ¡De arriba!

P. CANG. ¿De dónde?

ANGTA. ¡De la tierra!

P. CANG. ¿De la tierra? ¿Hay niñas en la tierra?

ANGTA. ¡Huy, si hay! Todos los colegios están llenos, no le digo más. Hay muchísimas, muchísimas; ahora que yo, con algunas, no me saludo.

P. CANG. ¡Es curioso! Yo sabía que en la tierra hay árboles y casas, y cielo, y ríos, y montañas y hombres..., ¡pero no sabía que hubiese niñas!

ANGTA. ¡Pues sí que conoce usted bien la tierra!

P. CANG. Nunca he estado. Sólo sé lo que han querido contarme. Pero veo que apenas me han dicho las cosas bonitas que hay. ¡Por algo quería yo ir a la tierra!

ANGTA. Le advierto a usted que también hay niñas feas en la tierra, no se vaya a creer. Las hay feísimas...

P. CANG. ¿Tan feas como peces? ¿Tan feas como pulpos y como calamares?

ANGELIT. No, hombre. Tan feas, tan feas, no.

P. CANG. Es que yo no he visto otra cosa en mi vida que peces y algas, y corales...

ANGELIT. Pues los corales son bien bonitos...

P. CANG. Pero, tanto, tanto coral, molesta. Además, en la tierra habrá cosas más bonitas que el coral...

ANGELIT. ¡Huy, ya lo creo! Hay tiendas, y muñecas, y tranvías, y pianos, y vestidos, y cines, y flores...

P. CANG. ¡Flores! ¡También he oído hablar de las flores!... Espera. Necesito hablar con mi padre... ¿No te irás, verdad?

ANGELIT. No. ¿Me tiene usted que decir algo?

P. CANG. Sí, te tengo que decir una cosa. ¿Cómo te llamas?

ANGELIT. Angelita.

P. CANG. Pues bien: espérame, Angelita, que tengo que pedirte un favor. Espérame, espérame. (Vase.)

ANGELIT. ¿Qué querrá? No parece mal chico este cangrejo. Le esperaré, porque, a lo mejor, me tiene que dar algún recado para alguien de su familia que esté en una pescadería. ¡Ya me da rabia de que la gente se coma los cangrejos, tirándoles de las patas!...

LA VOZ DE CATIFURCIO. ¡Angelita! ¡Angelita! ¿Qué haces, que no subes? ¿No encuentras las llaves?

ANGELIT. ¡Ya voy! ¡Feroz!... ¡Qué pesado es ese señor de las llaves! ¡Yo que sé dónde estarán las llaves!... Pero, ¿quién viene ahí? ¡Ah, es el cangrejito, con otro cangrejo mago! Me esconderé aquí para oír lo que dicen.

(Se esconde, y llegan el Rey Cangrejo y el Príncipe Cangrejo.)

R. CANG. ¿Qué es lo que querías preguntarme, hijo mío?

P. CANG. Quiero decirte que no me habéis dicho todas las cosas bonitas que hay en la tierra, que me habéis engañado...

R. CANG. ¿Engañarte? ¡No!... Tal vez, es verdad, se nos habrá olvidado decirte algo; pero será sin importancia.

P. CANG. No, no. Es muy importante...

R. CANG. Pues no sé qué podrá ser... ¿La lotería?... ¿Las carreras de caballos?... ¿Las películas de Charlot?...

P. CANG. No. Es más bonito, es más importante que eso.

R. CANG. ¿El juego de la oca?...

P. CANG. No, no; papá. Es más importante. Nunca me habíais dicho que hay niñas en la tierra...

R. CANG. (Sorprendido.) ¿Niñas? ¡Es verdad!... ¿Cómo te has enterado?

P. CANG. Contéstame tú antes: ¿Por qué no me habíais dicho?...

R. CANG. Perdona, hijo mío. Ha sido un egoísmo de padre, ni más ni menos... ¿Cómo tienes ese afán por subir a la tierra!

P. CANG. ¿Qué tiene que ver? ¿Crees que, ignorando sus bellezas, no querría subir?

R. CANG. No, hay más... Te diré toda la verdad.

P. CANG. ¿Cuál es?

R. CANG. Pues que, así como los magos de la tierra sólo pueden valerse de una niña, para conseguir en el mar lo que desean, así los magos del mar sólo pueden vivir en la tierra acompañados de una niña.

(Continuará en el número próximo.)



# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

PERICO EL TRAVIESO

PALABRAS MÁGICAS

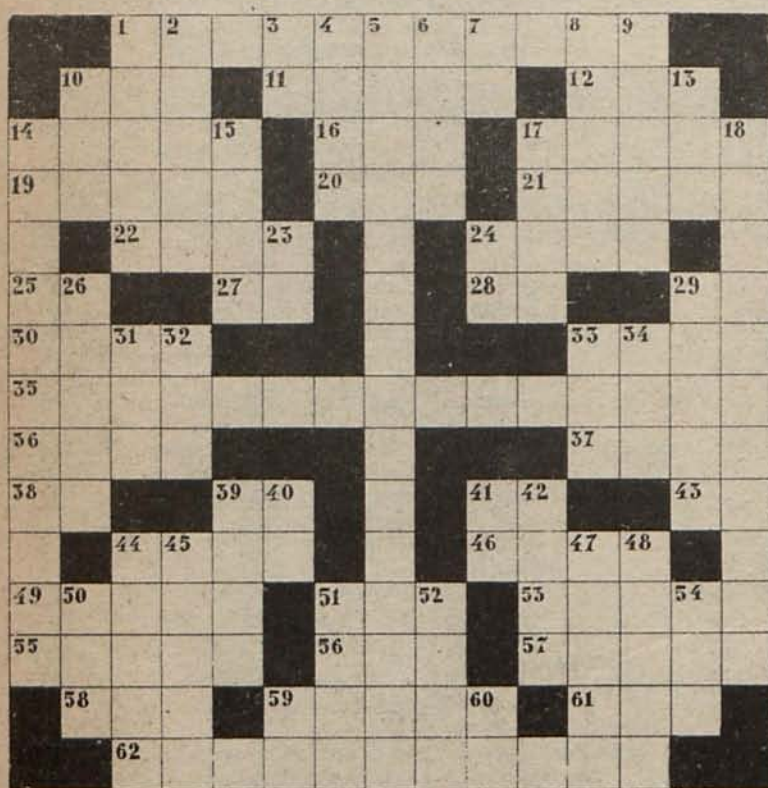


Perico era un muchacho discolo y travieso, tanto, que no había manera de hacer carrera de él. Cuando el dibujante nos lo presenta está persiguiendo a los pobres animales, y se lleva un cerdo debajo del brazo. Los otros cuatro cerdos se han escondido. ¿Dónde?

ARTE  
VISUAL  
COTA  
CINE  
RIFAN  
CUTE  
ISLA

He aquí un bonito ejercicio de composición, que estoy seguro os gustará. Estas siete palabras que aquí veis dan una suma de 30 letras. ¿Sabéis? Bueno. Pues con la mitad de las letras, o sea con 15, tenéis que formar otra palabra que tiene mucho que ver con esta REVISTA.

PALABRAS CRUZADAS



ROMPECABEZAS



Este rompecabezas es sencillísimo. Imagináos que tenéis un pescado y lo habéis dividido en once trozos, y que estos trozos son los que os doy en este dibujo. Pues con unirlos y formar otra vez el pescado, ya está resuelto el rompecabezas.

INDICACIONES DE LAS PALABRAS CRUZADAS

HORIZONTALES

1. Pueblo de Guadalajara.—10. Desierto de Arabia.—11. Yo adi-  
vino.—12. Unidad.—14. Tribu de Argelia.—16. Consonante.—17.  
Vino y región de Francia.—19. Planta arbórea de Guayana.—20.  
Guiso.—21. Se atreviera.—22. Hace mal de ojo.—24. Ave de rapi-  
ña.—25. Contracción gramatical.—27. Pueblo de Lérida.—28. Cada  
uno.—29. Consonante del alfabeto sánscrito.—30. Se alegraba.—33.  
Reino de Indochina.—35. Tablón que ciñe a un buque de popa a  
proa.—36. Personaje mitológico.—37. Gastan, rozan.—38. Nota  
musical.—39. Pueblo de la Coruña.—41. Del verbo ser.—43. Abre-  
viatura musical.—44. Río del Perú.—46. Barniz de resina oriental.  
49. Venablo.—51. Apócope de Valle.—53. Cualquiera del Arco Iris.  
55. Ministro togado de Justicia.—56. Juguete redondo.—57. Extre-  
mo del tejado.—58. Villa de la India.—59. Apodo.—61. Barco de  
vela.—62. Hacer perder el sosiego.

VERTICALES

1. Funda de arma blanca.—2. Insecto coleóptero.—3. Regala.—  
4. Sobrenombre de Venus.—5. Acostumbrado.—6. Ventilador.—7. Na-  
vegación.—8. Tibia, costilla.—9. Caminar.—10. Orquídea origi-  
naria de Colombia.—13. Isleta de Malasia.—14. Ha estado preso.  
15. Pueblo de Lugo.—17. Muchacho.—18. Persona que cesa.—23.  
De la baraja.—24. Cristo de dolor.—26. Hembra de fiera.—29. Ban-  
deja.—31. Insecto de coleóptero.—32. Sujete.—33. Verbo.—34. Rey  
de Wessex.—39. De las flores.—40. Mono llamado Perezoso.—41.  
Artículo.—42. Extrae.—44. Astucia.—45. Del verbo adorar.—47.  
Divinidad mitológica escandinava.—48. Mezclar metales.—50.  
Fuente en árabe.—51. Baile.—52. Verbos halagadores.—54. Rico  
metal.—59. Nombres de varios ríos.—60. Del verbo ser.



# COLABORACION PINOCHISTA



Retrato.  
DOLORES CASTAÑO.  
Diez y seis años. Madrid.



Pinocho.  
DEMETRIO.  
Panamá.



Las nuevas ricas.  
MARITA PASTOR.  
Doce años. Elche.



Palacio encantado.  
PEPITA PASTOR.  
Seis años. Elche.



El casamiento de Pinocho.  
DOLORES SALGADO.  
Quince años. Madrid.



Mi amigo.  
PEPITA ELICEGUI.  
Doce años. San Sebastián.



El primo del Barón.  
JOSÉ TORRES.  
Nueve años. Málaga.



Mi hacienda.  
JEREMÍAS PASTOR.  
Ocho años. Elche.



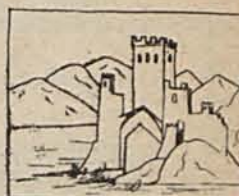
Los caprichosos.



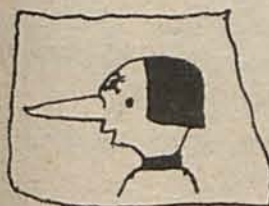
Elefante.  
ALVARO JANINI.  
Ocho años. Valencia.



Aquí se vende PINOCHO.  
ENRIQUE MARTÍN.  
Trece años. Madrid.



Paisaje.  
ROSARIO CASTAÑOS.  
Diez años. Córdoba.



Pinocho.  
JESÚS ANTÓN.  
Diez años. Madrid.



Un moro.  
VIRGILIO HERNÁNDEZ.  
Nueve años. Ceuta.



Un animal.  
PRUDENCIO DEL DIEGO.  
Trece años.



Escena de familia.  
ALICIA MARTÍNEZ.  
Trece años. Madrid.



Del natural.  
J. CERÓN.  
Trece años. Algeciras.



Un equipo.

DEMETRIO VALDÉS.  
Panamá.



Buenos amigos.  
ELEKA OLANO.  
Quince años. Gijón.



El chalet de mis tios.  
RICARDO MORENO GÓMEZ.—Siete años. Antequera.



Una casa de mi tío C.  
VERNEY H. C.  
San José de Costa Rica.



Bonito «goal».  
SIDRO GARCÍA.  
Avilés.



Paisaje.  
MANUEL NIETO.  
Nueve años. Madrid.



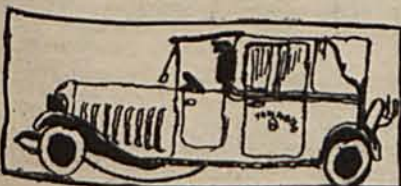
El barbero.  
MANUEL DE FRANCISCO.— Pontevedra.



Colón.  
JOAQUÍN ZUGASTI.  
Buenos Aires.



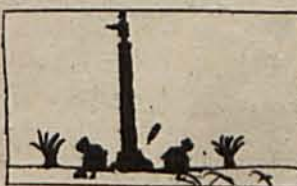
Currinche y Don Turulato.  
RAMÓN NAVAS.  
Trece años.



Un «auto».  
CÉSAR MARTÍNEZ.  
Doce años. Madrid.



Elefante.  
ENRIQUE MOYANO.  
Buenos Aires.



Un monumento moruno.  
MIGUEL PI.  
Doce años. Barcelona.



«Auto» de carreras.  
RAFAEL CASANOVAS.  
Nueve años. Barcelona.



# LOS REGALOS DE ABRIL

Sorteados entre los suscritores de PINOCHO los regalos del mes de abril, han correspondido a los siguientes suscritores:

**Primero premio.** 25 pesetas en dinero efectivo, a la Srta. María del Pilar Gallo, Santander.

**Segundo premio.** 15 pesetas en libros, a la Srta. Amelia Rufino, Gandía.

**Tercer premio.** 10 pesetas en libros, a D. Carlos Marcos, Cangas de Tineo.

**Cuarto premio.** 5 pesetas en libros, a la Srta. Amelia Aranda Sins, Zaragoza.

**Quinto premio.** 3 pesetas en libros, a D. Mauro Alonso, Vigo.

Estos mismos regalos se sortearán todos los meses entre nuestros suscritores.

Para retirar los premios será necesario escribir al Director de PINOCHO (Apartado 447-Madrid), indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del Pinochista premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

## TAPAS PARA ENCUADERNAR "PINOCHO"

Ya están hechas las tapas. Son preciosas. Están estampadas en varios colores y son de tela inglesa fuerte y bonita.

Con los números publicados en 1925 se hacen dos tomos. Por tanto, hacen falta dos tapas. Sus precios son los siguientes:

**Para los suscritores:**

Cada tapa, 3,00 pesetas.

Las dos de 1925, 6,00 pesetas.

**Para los lectores:**

Cada tapa, 5,00 pesetas.

Las dos de 1925, 10,00 pesetas.

También hemos hecho tomos encuadrados con la Colección Completa de PINOCHO, a petición de muchos Pinochistas que tienen su Colección incompleta, o estropeada, o rota por haber cortado los cupones.



Estas Colecciones Completas y encuadradas con las preciosas tapas especiales para los Pinochistas, se venden a los siguientes precios:

**Colección Completa de todos los números publicados hasta Diciembre de 1925:**

(Dos tomos preciosos encuadrados en tela.)

**Para los suscritores, 30 pesetas.**

**Para los lectores, 35 pesetas.**

En Julio encuadraremos los números de los meses de Enero a Junio de 1926 y los venderemos también en soberbios tomos encuadrados.

## CORRESPONDENCIA

**Francisco Galiana Serra.**—Por los motivos que ya no ignorarás, no podemos publicar tus problemas. Estos son confeccionados ahora por Paco Morronguis, Pirula y yo.

Tus dibujos, en cambio, saldrán conforme les llegue su turno.

**Saturnino Martínez Sánchez.**—Tu trabajo viene sin cupón. Y... no hay que decir más.

**Santiago Cabezas.**—¡Magnífico! ¡Vaya una puerta de la Macarena! ¡Ahí es nada! Todo aparecerá en PINOCHO, a su debido tiempo.

**Amparo Zomoza.**—Tu Paco Morronguis está muy bien. Pero como viene a lápiz...

**Enrique Castillo.**—He recibido tu magnífico dibujo, el cual, la verdad, me ha llenado de honda y profunda satisfacción. Por tu admirable obra quedará para siempre, en la memoria de todos, españoles y americanos, la entrada de nuestros aviadores en Pernambuco. Todos hemos quedado estupefactos ante esta maravilla insuperable, que es tu dibujo, y no tendré que decirte, pues demás lo sabes, que puedes remitirme cuantos trabajos quieras, en la seguridad que serán publicados.

**César y Matilde Coco.**—¡Cómo no! Admitidos, por buenos.

**Mariano Bárcena.**—Son admirables tus «tipos asturianos» y los publicaré apenas les llegue su turno.

**Juan Sagasta Peña.**—Con muchísimo gusto publicaríamos tu excelente problema. Pero fíjate, sino lo sabes, en lo que digo en esta misma página al gran Pinochista Francisco Galiana Serra.

**Pedro Garrido Tur.**—Tinta negra, querido Pedro.

**Ramón Sáez Losada.**—¿También tú, Ramón? ¡Qué lastima que tu Pirulín venga a lápiz!

**Rubén Menéndez Larramendi.**—Tu dibujo me ha gustado mucho y lo publicaré conforme le llegue su turno. Pero no puedo enviarte los números del sorteo por ha-

ber llegado tu carta con excesivo retraso. Ya se había efectuado el sorteo cuando llegaron tus letras. Otra vez será.

Recibe un fuerte abrazo de Pirula, otro de Cañamón, Potipán, Morronguis, etcétera, etc.

**Pepito Rivas Fresnedo.**—Tu «casita en las arenas» es muy bonita, está muy bien hecha; pero viene a lápiz y ello es una dificultad, como sabes, para publicarla. Espero que en otra ocasión me remitirás nuevos trabajos y —si son dibujos— a lápiz.

**Encarnación, Enrique y Carmen Ramos Guerbós.**—Estoy esperando trabajos vuestros desde hace mucho tiempo. La carta que recibí hoy me recuerda vuestras promesas y ya sabéis que todo está abierto para vosotros en este palacio.

**Antonia García Martínez.**—Muy bien, mi querido Antonio. No se puede hacer más. Tu cuento tiene de todo y vale por una novela. Lo publicaré conforme le llegue su turno.

Abrazos de Pirula, de Anita, Currinche y Don Turulato, y un apretón de manos de Morronguis. ¡Adiós!

**Santiago González Otero.**—Las soluciones de los problemas publicados durante un mes hay que mandarlas juntas, de un golpe, con el cupón que publicamos para ello al finalizar cada serie. ¿Enterado?

**Juan Andrés Valero.**—Muy bien, magnífico, admirable. Pero sin cupón... Para otra vez, no olvides este requisito importante.

**Salud Bellido Bello.**—Encantado con tu problema, pues, aunque no podemos darte como tal, como problema, podré, sin embargo, considerarlo como dibujo —y de los mejores— y publicarlo como tal.

Recuerdos de Anita, Pirula, Cañamón, Potipán, Currinche, Paco Morronguis, Don Turulato, etc., etc., etc.

|                                                               |
|---------------------------------------------------------------|
| <b>CUPÓN DE COLABORACIÓN</b>                                  |
| El Pinochista D. ....                                         |
| calle de .....                                                |
| núm. .... Pueblo .....                                        |
| Prov. ....                                                    |
| envia un (1) .....                                            |
| para que se publique cuando sea posible.                      |
| (1) Indíquese lo que sea: dibujo, historieta, chiste, cuento. |



SIMPLICIO, CUANDO VAYAMOS CÁZAN-  
DO MARIPOSAS POR LA PATAGONIA,  
HABRÁ DIAS QUE NO TENDREMOS  
QUE COMER. PARA QUE TE VAYAS  
ACOSTUMBRANDO, DESDE HOY SO  
LO COMERÁS DOS GALLITITAS  
DIARIAS



¡PUES SI QUE  
VOY A ECHAR  
BUENAS PAN-  
TORRILLAS!



## AVENTURAS DE SIMPLICIO BOBADILLA

VAMOS A LA  
GRANJA DE  
DON BRUNO,  
QUE QUIERO  
CAZAR MARI-  
POSAS PARA  
MI COLECCIÓN  
Y ALLÍ HAY  
MUCHAS

BUENO, SEÑOR PROFESOR,  
EL AUTO ESTARÁ LISTO  
EN SEGUIDA



¡NO OS VAYAIS  
A METER EN EL  
PANTANO!

¡PUES ASÍ QUE NO SE  
YO DISTINGUIR UN PAN-  
TANO!

YO ESPERARÉ LE-  
YENDO POESÍAS



BUENOS DIAS, BRUNO

SE HA IDO CON SIMPLICIO A CA-  
ZAR MARIPOSAS. LOS ENCON-  
TRAREIS CERCA DEL PANTANO

VENIMOS A SALU-  
DAR AL PROFE-  
SOR PANDULFO



¡QUÉ VERSOSTAN  
BONITOS!

NO TE MUEVAS DE  
AQUÍ, SIMPLICIO, EN  
SEGUIDA VUEL-  
VO



SE VA A METER  
EN EL PANTANO



LO MEJOR SERÁ SU-  
VER EL  
MEDIO DE SACARLO  
DE AHÍ

¡SOCORRO!  
¡QUE ME HUN-  
DO!



¡CIELOS!  
¡QUÉ VEO!

¡QUE ME PICAN LAS  
AVISPAS!



DEJAOS DE AVISPAS  
Y SACADME

DIOS MIO!  
¡COMO PI-  
CAN!



¡ÁNIMO! ¡YO LOS SAL-  
VARE!

NO PUEDO  
AGUANTAR  
MÁS

NO HAY  
QUIEN LO  
RESISTA

DESPACITO PRO-  
FESOR, NO PIER-  
DA USTED EL  
EQUILIBRIO

¡POR DIOS,  
SIMPLICIO,  
TEN FIRME!

¡VIVA SIM-  
PLICIO!

¡VA-  
LIEN-  
TE SIM-  
PLICIO!



¡YA LES ADVER-  
TI QUE NO SE  
ACERCARAN AL  
PANTANO

¿TIENE USTED UNA  
MANGA DE RIE-  
GO?

¡TENGO BARRO!  
HASTA EN EL  
CIELO DE SE ME HA  
LA BOCA MANCHADO  
EL TRAQUE



¡JA, JA!

VAN A QUEDAR COMO  
NUEVOS



¡QUÉ BIEN  
CAE LA BATA  
DE MI MUJER

ESTA USTED  
MUY GUAPÓ,  
PROFESOR.

ESTA PRECIO-  
SO

¡ELEGAN-  
TÍSIMO!

GRACIAS,  
GRACIAS,  
AMADO  
PUEBLO.



© 1983 by J. M. FERRER SANCHEZ, INC.  
Calle de la Libertad, 100

215  
FLOWER



# Sección PIRULA

CHARLAS  
DE PIRULA



*Huevos decorados.*

A nosotros, que somos tan juguetones, todo nos es bueno para divertirnos, ¿verdad?

Así sucede que, en cualquier circunstancia del año, nos aprovechamos de tradiciones nacionales o extranjeras para organizar las más animadas diversiones.

Por ejemplo, en Nochebuena, ya teníamos la costumbre de los Nacimientos, y he aquí que, de algunos años a esta parte, hemos adoptado también la del llamado árbol de Noël, con sus mil velitas encendidas, sus juguetes, sus infinitos adornos de cristal multicolor, etc., etc.

Pero no es este el momento más oportuno para hablar del árbol de Navidad, evocador de frío, de nieve y de

brumas nortañas; volveré sobre el tema —si me acuerdo— allá para Diciembre.

En cambio, otra costumbre más nueva todavía en España que la anterior, y que ahora precisamente está de actualidad, es la de regalar, por estas fechas, huevos, llamados por los franceses *œufs de Paques*.

¡Ah, golosones, ya os relaméis de gusto pensando en los huevos de azúcar rosa o blanca, o de chocolate, en el interior de los cuales suena alegremente una sorpresa, consistente en alguna sortija, o en un soldadito de plomo, cuyo mérito principal reside en tener tan sabroso estuche!

No todos los huevos de Pascuas son comestibles; se hacen algunos en cartón, cubierto de raso, en porcelana, en madera tallada, y contienen regalos de todas clases, a veces hasta verdaderas alhajas.

En el país de todas las extravagancias —me refiero a Norteamérica, aunque no estoy muy segura de si las excentricidades que les achacan a los yanquis son reales o solamente... peliculescas— parece ser que se fabrican huevos de Pas-

cuas, sorprendentes, de un tamaño descomunal, como aquel que un multimillonario de allí regaló una vez a su hija, una linda y mimada «princesita del dollar», por el estilo de la Miss Clary, a quien salvó Pinocho (1).

Aquel huevo medía más de metro y medio de largo, y era de madera de sándalo con incrustaciones de nácar y de marfil; abierto se vió que contenía... un suntuoso abrigo de piel de chinchilla.

Admiremos de lejos tales fastuosidades; pero no las envidiemos (bueno, no envidiemos nada, porque la envidia, además de ser una cosa muy fea, es una tontería); yo os aseguro que no son necesarias, ni para divertirse, ni para dar prueba de ingenio y de buen gusto.

¿Que queréis pasar un rato divertido? Pues les pedís a vuestros papás que escondan unos cuantos huevos por todos los rincones de la casa o de una habitación e invitáis a vuestros amiguitos a que os ayuden a buscarlos.

Y no vayáis a creer que

esto supone un gasto importante.

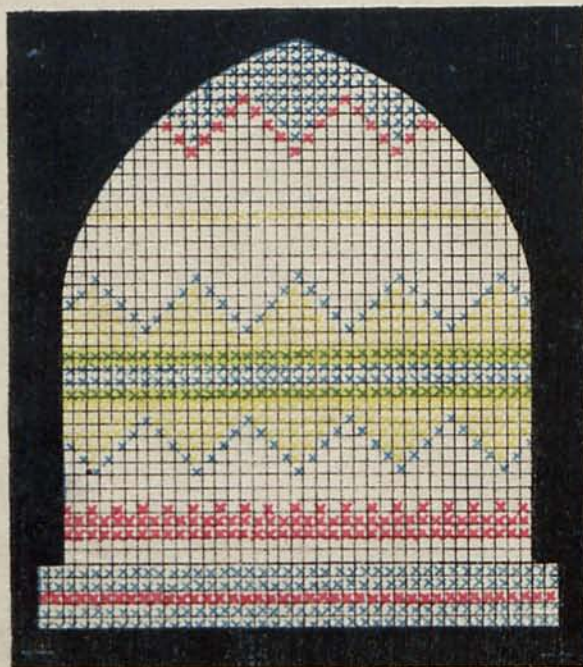
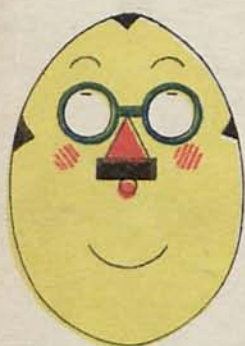
No hace falta utilizar para este juego —muy sencillo, pero en la práctica muy divertido— huevos comprados expreso, sino huevos de gallina corrientes, que vosotros mismos decoraréis previamente.

Os presento hoy tres modelos de decoración de huevos; pueden variarse hasta el infinito, si bien no creo que encontréis muchos tan originales como éstos ni tan fáciles de realizar.

Y ya que estamos en época de huevos de Pascuas, también existe otro juego que... que os explicaré la semana que viene.

*Gorro a punto de cruz.*— Este gorrito tiene no sé qué airecillo ruso, bastante gracioso, y resultará tan bonito como fácil de hacer si lo bordáis a punto de cruz con algodón *perlé* en azul, rojo, verde y amarillo.

Lo mismo puede servir para un nene recién nacido o de pocos meses, que para un muñequito de... de la edad que sea.



(1) Véase *Chapete cazador de cabelleras*.